

Luis César Bou

India Contemporánea

*Saqueo colonial y
lucha por la independencia*



 DE LOS CUATRO VIENTOS
EDITORIAL

INDIA CONTEMPORANEA:

SAQUEO COLONIAL Y LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

Luis César Bou

Edición impresa: Editorial De Los Cuatro Vientos, Buenos Aires, 2006.

ISBN-10: 987-564-603-2

ISBN-13: 978-987-564-603-2



Copyright, bajo una [licencia de Creative Commons](#). Sus contenidos pueden reproducirse libremente, en tanto se cite la autoría y se tenga la gentileza de informarnos. No está autorizado el uso comercial ni la modificación de la obra.

Para contactar al autor: obserflictos@yahoo.com.ar

INDICE

Advertencia.....	5
1. El marco general.....	8
2. Las primeras relaciones con Europa.....	13
3. La East India Company (EIC).....	15
4. El nuevo sistema político-económico...	23
5. El “Motín de los Cipayos” o “Gran Revolución Nacional” y el fin de la East India Company.....	35
6. El “Raj” británico.....	38
7. Los orígenes del movimiento nacional...	46
8. La partición de Bengala y sus implicancias...	54
9. Gandhi.....	60

10. La Liga Musulmana.....	69
11. De la Primera Guerra Mundial al Movimiento de No-Cooperación.....	73
12. Hacia la Desobediencia Civil.....	79
13. ¡Dejen India!.....	86
14. Hacia la traumática independencia.....	95
15. Epílogo: los problemas de la India independiente....	102

1. ADVERTENCIA

No es mucho lo que se escribe sobre historia contemporánea de la India en lengua castellana, excepto algunos artículos referidos al conflicto con Pakistán, al potencial atómico de ambos países (Dorronsoro, 2002)(Meneses Aranda, 2002), y, algunos años atrás, al cincuentenario de la Independencia (López Nadal, 1998). Tampoco se traduce lo suficiente de la abundante bibliografía disponible en inglés. Los manuales existentes, con sus méritos, son ya bastante antiguos y no tienen en cuenta los muchos avances de la producción historiográfica en los últimos treinta años. Tampoco existen en castellano repertorios de fuentes, más o menos completos, sobre la historia contemporánea de la India. Esta última cuestión posiblemente es consecuencia de una concepción superficial y ensayística del estudio histórico, pero también tiene que ver con la ausencia de cátedras, en las universidades hispanoamericanas, dedicadas a la indología. Lo poco que tenemos es bastante mediocre, y sobrevive gracias a la impunidad que permite el exotismo. Cuando un tema no es muy conocido por el común de la gente se puede abordarlo sin temor a que alguien corrija los errores o cuestione las falacias.

Esta situación tan poco prometedora, si bien general a los estudios afroasiáticos, es notoriamente más aguda en el caso de la India. A mi juicio esto tiene que ver con el hecho de que la India, en los últimos treinta años, perdió el rol de liderazgo que alguna vez tuvo entre los países del Tercer Mundo. También con que, en ese

lapso, ha estado en gran medida encerrada en sus múltiples problemas internos y en el conflicto con Pakistán. Pero, ante todo, con la imperdonable ignorancia, generalizada en Hispanoamérica, acerca de la importancia económica, social y cultural del subcontinente indio.

La desinformación ha llevado a una concepción superficial y errónea de la realidad de la India. Además de todos los tópicos comunes a esa mistificación que llamamos Orientalismo (Said, 1990), está el considerar a la India y al hinduismo como un universo de resignación pasiva y fatalista ante la pobreza y la injusticia. No falta literatura para sostener esta concepción (Mayo, 2003), también Hollywood ha hecho su aporte en este sentido. El pacifismo de Gandhi pretende extenderse al común de los habitantes de la India. Muy por el contrario, la India ha sido siempre una sociedad extremadamente violenta, y ha sabido y sabe movilizarse, organizarse y luchar contra los males que la aquejan.

Todos estos motivos me condujeron a ir armando este libro, resumen de mis clases en la Universidad Nacional de Rosario. Lo que quedó puede interesarles a quienes quieran conocer algo más.

2. El marco general.

En el siglo XVII, cuando se inició el comercio en gran escala entre India y Europa, era inimaginable la posibilidad del dominio de una sobre la otra. La India era un imperio más o menos centralizado, a cuyas costas acudían los europeos a fin de adquirir productos elaborados de alto costo, que cambiaban por metales preciosos. Su magnitud, densidad de población y desarrollo político y económico ponían a la India a cubierto de cualquier ambición de hegemonía por parte de Europa. De hecho, por su extensión y diversidad étnica ambos continentes son equiparables. Sir John Strachey, antiguo virrey, decía:

¿qué es la India?... Ese país no existe, y este es el primero y más importante de los hechos que podarnos aprender acerca de la India. La India es un nombre que damos a una dilatada región que comprende multitud de países diferentes. (Pouchepadass, 1976: 90)

Por supuesto que esta falta de homogeneidad era esgrimida por Strachey como una justificación a la presencia británica, pero no por ello deja de ser real. Esto se evidencia, por ejemplo, en el resultado del Censo Lingüístico, llevado adelante por los británicos en 1927, que dio como resultado la presencia de 179 lenguas y 544 dialectos. Si bien estas lenguas y dialectos son utilizados, en su mayor parte, por poblaciones muy restringidas, existen 15 lenguas mayores de gran importancia: hindi, urdu, punjabí, bihari, rajasthani, telegu, bengalí, marathi, tamil, gujarati, kannada, malayam, oriya, asamés y cachemir). (Pouchepadass, 1976: 90) Esta diversidad lingüística generó sus problemas en la pos-independencia, en relación a cuál

debía ser el idioma oficial del nuevo estado. En principio, se pretendió que lo fuera el hindi, derivado directo del sánscrito, pero esto degeneró en un conflicto aun no del todo resuelto ya que las regiones que no utilizaban esta lengua se opusieron rotundamente. El resultado fue el mantenimiento del inglés durante largo tiempo como lengua oficial y su mantenimiento hasta hoy como lengua vehicular entre las distintas regiones lingüísticas.

Es difícil encontrar un elemento unificador que nos permita caracterizar la historia de la India. Territorialmente, las distintas unidades políticas que existieron a lo largo del tiempo nunca abarcaron la totalidad del subcontinente. De hecho, la India Británica fue la mayor entidad política que existió en la región. Las religiones son múltiples y también lo son las formas de asumirlas y practicarlas. Existe sí una ausencia de preocupación historiográfica que llega hasta bien entrada la época colonial. Esto se debe a que para la filosofía hindú, como para el budismo, la realidad no es más que ilusión (maya). El mundo verdadero es algo que únicamente puede hallarse a través de la introspección. Por lo tanto, lo que llamamos historia no es nada distinto a la ficción. De allí que los hechos históricos de la India antigua deban ser discriminados a través de la exégesis de textos literario-religiosos. La historiografía fue un desarrollo de intelectuales indios que, en un principio, adquieren educación occidental y luego, por lo general, adhieren al nacionalismo. Esta última adscripción ha condicionado también a la historiografía, dándole un tinte esencialmente político. Recién en los últimos años surgió el movimiento de la *Subaltern History*, que pretende hacer una lectura histórica desde la perspectiva de las clases oprimidas.

En tren de caracterizar a la India, es indudable que si hay algo que atraviesa su historia hasta la actualidad es el sistema de castas. Generalmente se hace referencia a las cuatro castas admitidas por la religión hindú: *brahmanes* o sacerdotes, *chatrias* o guerreros, *vaysas* o comerciantes y *sudras* o campesinos. También se señala la presencia de un grupo numeroso que permanece fuera del sistema de castas y, por lo tanto, del conocimiento religioso: los *parias* o intocables. Además, se indica que el sistema de castas está fundamentado en la creencia en la trasmigración de las almas o reencarnación, y en el otorgamiento de una recompensa futura al fiel cumplimiento de los deberes de la casta, bajo la forma de la reencarnación en una casta superior. Todo esto puede ser cierto en un sentido teórico, si solamente tenemos en cuenta los textos de la tradición religiosa india, en su interpretación brahmánica. Más concretamente las Leyes de *Manú*, legislador mítico al que se le atribuye la explicitación del sistema. Pero la realidad es más compleja, miles de veces más compleja.

La realidad es que existen miles de castas en la India, a las que incorrectamente se denomina subcastas, como si fueran subdivisiones de las cuatro castas religiosas. Estos numerosísimos grupos son castas propiamente dichas, en tanto lo que los define es lo mismo que define a las castas, la endogamia. Se dice que, en total, existen aproximadamente 4800 castas en la India. Solamente el grupo de los brahmanes está subdividido en 1886 grupos endogámicos. Cada una de estas castas (así denominaremos de aquí en más a los grupos endogámicos) ha tenido, históricamente, el monopolio de una actividad económica determinada. Por ejemplo, dentro de las castas comerciantes existe una especialización en el comercio de determinados productos, en determinadas regiones, por cada una de las castas. Como se advertirá, esto constituyó una trama

económico-social extremadamente compleja, y también frágil, ante la intrusión de elementos exteriores al sistema.

Exterior fue, al parecer, el origen mismo del sistema. Generalmente, se lo remonta a la intrusión en la India del grupo indoeuropeo de los *arios*, el cual se superpuso a las poblaciones *drávidas* preexistentes. Se piensa que a partir de allí el sistema avanzó en una progresiva diversificación. El propio término que designa a las castas, *varna*, significa también color, y sería una manifestación de protorracismo por parte de los *arios* de raza blanca hacia los *drávidas* mucho más oscuros.(Dumont, 1988)

Muy ligada al sistema de castas y a sus implicancias socioeconómicas está la cuestión del matrimonio por arreglo, en tanto éste debe concretarse dentro de un grupo que, a veces, es muy reducido. También tiene que ver con este tema la costumbre del matrimonio infantil, en tanto las familias tratan de asegurarse lo más pronto posible del futuro de sus hijos.

Las castas necesitan todas de algún grado de organización interna, en tanto es preciso que la cuestión del parentesco y matrimonio esté perfectamente organizada. También necesitan organización para regular el otro aspecto de la casta, el económico. Las formas que adquiere la organización de la casta son variables, en tanto la extensión geográfica en que se encuentra cada una de ellas es muy diversa, y también en tanto la actividad económica a regular requiera un mayor o menor control. Hay castas campesinas que están muy restringidas territorialmente, no encontrándose las más que en unas cuantas aldeas vecinas entre sí. Por otra parte, las castas comerciales se encuentran dispersas a lo largo y a lo ancho del

subcontinente, pero no se encuentra más que a unos pocos de sus integrantes en un territorio, a veces, muy vasto. En general, la dirección de la casta se ubica en el lugar geográfico más acorde a los movimientos de sus integrantes. Esta dirección es comúnmente colegiada, siendo integrada por los jefes de los principales linajes. Su accionar e injerencia en cuanto a la vida cotidiana de los individuos es también muy diverso.

Por supuesto que las castas son también grupos dentro de los cuales se ejerce una solidaridad económica activa. Este aspecto es quizá el que, en mayor medida, explica su persistencia en el tiempo. En tanto que miembro de una casta determinada, un individuo es acreedor de un soporte económico, por parte de los otros miembros, cuando la situación se hace difícil. También su inserción económica está resuelta, para bien o para mal, desde el momento de su nacimiento.

Por supuesto que en la actualidad, y sobre todo en el medio urbano, las cosas han cambiado bastante en estos aspectos. Pero aún hoy la mayor parte de los matrimonios se realizan dentro de la misma casta. Y, aunque las castas ya no monopolicen determinadas actividades económicas, siguen siendo grupos de solidaridad en ese aspecto.

3. Las primeras relaciones con Europa.

La India estableció una relación continua con Europa desde inicios del siglo XVI. Esta relación fue, en un principio, muy ventajosa y estimulante para la economía india. Las mercancías, objeto fundamental del comercio entre ambas, eran los textiles de alta calidad (muselinas, calicut) que la India, en consecuencia, produjo en escala cada vez mayor. Por el lado europeo, la diferencia se cubría con metálico, fundamentalmente plata americana. (Vilar, 1982) (Panikkar, 1966).

Esto llevó a que, para el siglo XVIII, en la India existieran grandes manufacturas textiles artesanales, que algunos historiadores indios contemporáneos consideran el umbral de una revolución industrial. (Chesneaux, 1976) En realidad, la alta calidad de los textiles indios era lo que los hacía apetecibles para el consumidor europeo. Esa calidad era intrínseca a la producción artesanal y fue inimitable por la industria hasta bien entrado el siglo XIX, momento en el cual el carácter de este comercio cambió rotundamente.

Al igual que en otras regiones, los comerciantes europeos no pasaron, en principio, mucho más allá de las costas, donde se instalaron factorías dedicadas al intercambio. La secuencia va a ser: portugueses, holandeses, ingleses y franceses. A partir del siglo XVII, el grueso del comercio quedó a cargo de compañías monopólicas, que obtenían de sus respectivos gobiernos la exclusividad de las rutas orientales. Las compañías inglesa y holandesa fueron fundadas en torno al 1600, la francesa 50 años después.

En principio, era inimaginable otro tipo de presencia que no fuera la comercial. Los europeos estaban muy lejos de sus bases como para intentar algún tipo de conquista. Además, no se daba aquí la situación americana: los indios de la India conocían la pólvora, la artillería y las tácticas militares. El desnivel tecnológico entre las dos partes, si existía, no era abrumador.

Por otra parte, la India de ese entonces era, excepto el extremo Sur, un imperio centralizado. Se trataba del imperio Mogol, surgido a partir de la invasión a la India por Tamerlán y sus sucesores en el 1405. Era un estado mucho mayor, y que podía movilizar más recursos, que cualquier país europeo de ese entonces. El avance del poder mogol aparece ligado a la expansión de la religión musulmana. El Islam tuvo presencia en la India a partir del siglo VIII, sobre todo en la región Norte. Su éxito tiene mucho que ver, aún hoy, con el hecho de representar una ruptura con el sistema de castas. De allí que sea adoptado fundamentalmente por individuos provenientes de las castas más oprimidas o por intocables. Esa presencia fue el sustrato que permitió el asentamiento de un poder político musulmán que, con la invasión timúrida, alcanza una hegemonía inigualada históricamente. Por supuesto que el Islam mogol adquirió prontamente características que no podemos dejar de considerar sincréticas, tales como la propia tolerancia hacia las creencias hinduistas y la aceptación de la dimensión económica del sistema de castas.

4. La East India Company (EIC).

La Compañía de indias Orientales inglesa fue creada en 1606, como una sociedad por acciones. Durante el primer siglo y medio de existencia, sus actividades no difirieron demasiado con relación a las de las otras compañías monopólicas que comerciaban en la India. El hecho más importante en este período fue su asentamiento en lo que es hoy Calcuta, en ese entonces una mísera aldea de pescadores en el golfo de Bengala. La compañía abrió una factoría allí con permiso del emperador mogol y al tiempo obtuvo la concesión para construir una fortificación, Fort William.

El lugar era estratégico en sumo grado, ya que desde allí se podía tener acceso, por vía fluvial, a las regiones más ricas y pobladas de la India nor-oriental de ese entonces (Yang, 1998). Esto permitió a la Compañía tejer paulatinamente una red comercial hacia el interior de la India, elemento clave en su competencia con las otras compañías monopólicas europeas.

Durante el siglo XVIII, el enfrentamiento entre los estados europeos tuvo su paralelo en la India, con lucha por la hegemonía entre las compañías inglesa y francesa. Esta lucha tomó prontamente la forma del enfrentamiento armado entre los franceses, cuya sede principal se encontraba en Pondichery, al sur de la India, y los ingleses con su sede principal en Calcuta. Lo importante de estos enfrentamientos fue que marcaron el inicio de dos cambios importantes para la East India Company. Primero: dejó de ser una empresa puramente comercial para convertirse también en una potencia militar importante, ya que se vio obligada a conformar un

ejército compuesto por soldados indios y oficiales ingleses. Segundo: se estableció una alianza entre la Compañía y las castas comerciales indias, que les permitió a los británicos tener acceso a las redes comerciales tradicionales y al crédito indio. Esto posibilitó que los ingleses financiaran sus guerras en la India con los propios recursos de la India, lo que les dio un claro predominio sobre sus rivales franceses que dependían de los recursos materiales y humanos que podía proporcionarles la metrópoli. Fue el inicio, también, de la intromisión inglesa en la política interna india, posibilitada por la intermediación de los comerciantes y banqueros *bantias* y *marwaris*.

El término *bantia* deriva del sánscrito *banik* = mercader; *marwaris* hace referencia a un lugar de origen, *Marwar*, antiguo estado ubicado en el actual Rajastán. En realidad, estos dos términos englobaban, en principio, a varios grupos de casta. La actividad común, y su relación con el comercio, sobre todo exterior, los terminó uniendo en un grupo más amplio que se constituyó como nueva casta. Al menos, eso es lo que ocurrió en la región de Bengala, donde los encontramos estrechamente ligados a la presencia occidental. No ocurre lo mismo con otras castas comerciales del sur de la India, por ejemplo (Rudner, 1996) (Yang, 1998). Los *bantias* actuaban como agentes de los europeos, el nexo indispensable con la población local. Los comerciantes europeos generalmente ignoraban la lengua local, las costumbres y usos comerciales, los pesos y medidas. Tampoco conocían las condiciones del mercado en el momento de su arribo. Por lo tanto, necesitaban la intermediación y guía de agentes locales. Los *bantias* cumplían estas funciones, además de ser los intérpretes y a veces también los agentes contables de los mercaderes europeos. Usualmente, a cambio de estas funciones cobraban un dos por ciento del valor total de los bienes intercambiados. Generalmente, los *bantias* recibían a sus patrones europeos apenas tocaban tierra, arreglaban sus hospedajes,

seleccionaban a sus sirviente, supervisaban la carga y descarga de los barcos, convertían la plata en rupias, y realizaban las transacciones necesarias en los mercados. También, cuando era necesario, proveían algún capital. Todos los funcionarios de la EIC tenían uno o más *bantias* que se ocupaban de sus negocios personales. Al aumentar la importancia de la Compañía aumentó también el poder de estos intermediarios, que se convirtieron en el equivalente de los *compradores* chinos. Así se denominaba en China (los primeros en hacerlo fueron los portugueses) a los comerciantes locales, que compraban la mercancía europea para su reventa en el interior, y compraban también, y acumulaban en depósitos cercanos a los puertos, los productos objeto de exportación. Por este medio, algunos *bantias* llegaron a ser fabulosamente ricos, diversificando luego sus intereses económicos. Pero, más allá de esto, lo que nos interesa subrayar por el momento, es el rol clave que los *bantias* y *marwaris* jugaron a la hora de definir el triunfo británico sobre sus rivales franceses. Establecido el predominio inglés en el comercio exterior, el paso siguiente fue el de tratar de modificar los términos del intercambio con la India.

Si bien el comercio exterior no era más que una mínima parte del comercio total de la India, algo así como el 10%, era el que aportaba en forma constante recursos en metálico. De allí el lógico interés de los gobernantes indios en mantenerlo bajo su control impositivo. Para el siglo XVIII, el imperio mogol se encontraba ya en franca disolución. La India había entrado en uno de sus cíclicos períodos en los que predominan las tendencias centrífugas por sobre un poder central más formal que real. En ese contexto, no le resultaba difícil a la Compañía eludir el pago de contribuciones acordadas a la importancia del tráfico que realizaba. El control fiscal indio se encontraba a cargo del gobernante regional indio, el *nabab* de Bengala. Éste trató de imponer nuevas contribuciones que la

Compañía aceptó, escudándose en la autoridad suprema del Emperador mogol, el resultado fue el conflicto.

En principio, el *nabab* ocupó la factoría británica. Sobre esta ocupación existe una remanida leyenda, según la cual los británicos habrían sufrido todo tipo de atropellos y torturas, muriendo muchos de ellos durante su reclusión en el célebre “Pozo Negro” de Calcuta. Hoy en día, se duda incluso de la existencia misma de esta prisión, no siendo la leyenda más que una justificación ideológica de lo que vendrá más tarde. La respuesta inglesa estuvo a cargo de una pequeña tropa de la Compañía, bajo el mando de Robert Clive, que recuperó la factoría y enfrentó al *nabab* en la histórica batalla de Passey (Palashi para los historiadores indios), en 1757. Clive, al mando de 3000 hombres, "derrotó" al ejército del *nabab*, que sumaba 50000 efectivos. Esta “victoria” no la lograron los europeos por su superioridad tecnológica, como sostiene Geoffrey Parker (Parker, 1990), sino mediante la distribución masiva de dinero a los comandantes del ejército del *nabab*. (Panikkar, 1966) Dinero que, como es de suponer, le habían adelantado los banqueros *baniyas* y *marwaris*. El ejército del *nabab* se dispersó ante la primer descarga de los cañones ingleses, no porque los indios no conocieran las armas de fuego, que las tenían en mayor escala que los británicos, sino porque esa fue la consigna que transmitieron sus comandantes, comprados por Clive. La proeza rindió sus frutos a los protagonistas: Clive pasó a la leyenda como “Clive de la India” obtuvo el título de “Barón de Plassey”. La East India Company, por su parte, logró que se modificara la relación que hasta entonces mantenían India y Europa.

El dominio británico de la India no respondió, en principio, a un plan deliberado sino más bien a un paulatino aprovechamiento de

las situaciones más rentables para la Compañía y para sus administradores. Contradictoriamente, los períodos de expansión territorial y de saqueo sistemático de las riquezas de la India no fueron aquellos en los que la Compañía repartió mayores dividendos a sus accionistas. Esto se debió a que la política de la empresa era, por una parte, pagar a sus empleados los sueldos más bajos posibles, y por otra, darles libertad de acción para sus negocios personales. Así, estar al servicio de la Compañía era un medio para hacer fortuna rápidamente saqueando a los indios y a la propia Compañía. Robert Clive y Warren Hastings fueron los artífices del dominio territorial de la East India Company, como tales, la historiografía colonialista les rinde culto como si se tratara de héroes románticos. Ambos fueron procesados en su momento por las defraudaciones, robos y abusos que cometieron en la India. Por supuesto que en estos casos primó el valor de los servicios prestados al Imperio, pero es interesante ver algo de la defensa de su accionar que Clive hizo ante el parlamento. Para empezar, se justificó en la propia depravación de los indios:

...El Indostán siempre tuvo un gobierno despótico y absoluto. Sus habitantes, especialmente de Bengala, de las clases inferiores son serviles, mezquinos, sumisos y humildes. En las clases superiores predomina la lujuria, el afeminamiento, la traición y el carácter tiránico, venal y cruel. (Horn y Randsome, 1957)

Ante ese cuadro, cualquier accionar correctivo tenía que ser riguroso, pero aquí Clive debe defenderse de acusaciones concretas en torno a su propio enriquecimiento. Resuelve la cuestión por la aceptación de esas costumbres depravadas:

Desde tiempo inmemorial ha sido costumbre en este país que un inferior nunca se presente ante una persona de clase superior sin un obsequio. Esto comienza con el nabab (los hombres más ricos) y concluye en el hombre de condición más baja que posea un servidor. Un nabab me ha dicho que los pequeños presentes que recibió han sumado 300.000 libras en un año. (Horn y Randsome, 1757)

Las obligaciones del gobierno entrañaban la aceptación de esos “regalos” pero, además, para Clive los europeos eran víctimas de la corrupción y la violencia a que los incitaban los orientales:

Tales funcionarios, no obstante, no han sido los responsables de aquellos actos de violencia y opresión de los cuales suelen ser acusados. Tales crímenes son cometidos por los nativos del país en tanto agentes subordinados y generalmente sin el conocimiento de aquellos. El afán de lucro es tan fuerte como la pasión amorosa...

Echemos un vistazo a estos escribientes que llegan a Bengala. Apenas desembarcan, un bania que posee quizá unas 100.000 libras desea que él pueda tener el honor de servir a este joven gentleman a cambio de una ínfima suma (literalmente 4 chelines y 6 peniques; 4s.: 4 solidus y 6d.: 6 denarius).

La Compañía lo ha provisto de habitaciones, pero no son suficientemente buenas. El bania dispone de otras mejores. El joven da un paseo por la ciudad, observa que otros escribientes, llegados hace sólo un año, viven en espléndidos alojamientos o tienen casas propias, circulan sobre hermosos caballos árabes, y en palanquines y carruajes; que mantienen un harén, organizan entretenimientos, y

convidan a sus invitados con champagne y claret. Cuando retorna cuenta al bania lo que ha visto. El bania le asegura que pronto llegará a poseer la misma buena fortuna; le entrega dinero; él joven queda entonces a su merced.

Los beneficios del bania se acrecientan con el rango de su amo, quien generalmente al adquirir una fortuna gasta tres. Pero esto no es lo peor. Él se encuentra en un estado de dependencia respecto del bania, quien comete todo tipo de actos de violencia y opresión, dado que su interés lo impulsa hacia ello, bajo la presunta sanción y autoridad del funcionario de la Compañía. (Horn y Randsome, 1957)

Así vemos que los *banias* fueron responsabilizados por todos los abusos y tropelías, y también por el enriquecimiento ilícito de sus víctimas europeas. En cualquier caso, lo cierto es que la Compañía era sistemáticamente saqueada por sus empleados y la época de su gran expansión territorial coincide con graves problemas financieros.

En un principio se intentó reemplazar al *nabab* derrotado por otro más sumiso a los designios de los vencedores, luego se pasó a una forma de gobierno indirecto a través de un mercenario persa, finalmente se optó por el dominio directo de la inmensa región de Bengala por parte de la Compañía. Ésta obtuvo la legalización de su conquista por el Emperador mogol, quien le concedió el zamindari (concesión para la recaudación de impuestos) para toda Bengala. El negocio fue fabuloso: hasta entonces la Compañía había exportado a Europa textiles indios comprados con metálico europeo, a partir de ese momento pagó sus compras de textiles con el producto de la recaudación de impuestos en la propia India. Estas ganancias tan

absolutas impulsaron la constante expansión territorial de la Compañía (Mahomet, 1997). Más territorios bajo dominio significaban mayor recaudación de impuestos. De hecho, y mostrando una sinceridad absoluta al menos en las designaciones, desde 1772 en que fue creado el cargo durante el gobierno de Warren Hastings hasta la independencia, el principal funcionario británico de distrito fue el *collector*, o sea el recaudador, al que se le dieron también funciones policiales y judiciales.

5. El nuevo sistema político-económico.

La India permaneció bajo el gobierno de la East India Company hasta 1857, o sea un siglo. Evidentemente esto fue el sueño dorado del liberalismo: todo un subcontinente bajo el gobierno de una empresa privada que, como tal, buscaba fundamentalmente la mayor rentabilidad posible a su capital. Para completar, algunos grandes teóricos del liberalismo económico, tales como los Mill padre e hijo y el nunca bien ponderado Jeremy Bentham, estuvieron al servicio de la Compañía y fueron artífices de su política de gobierno. Los resultados estuvieron muy pronto a la vista, y debieran ser paradigmáticos en momentos como el actual, en que los apolillados dogmas liberales se presentan como una gran novedad. El gobierno inglés de la India fue totalmente prescindente en materia de gestión económica cuando la propia complejidad del sistema económico indio exigía lo contrario.

La primera gestión diseñada por Clive era una suerte de gobierno indirecto, para el cual se utilizaron las funciones de un aventurero persa, llamado Syed Muhammed Reza Khan, a quien se puso al frente de la administración. La principal función de este gobernante títere era la de facilitar el saqueo del país por la Compañía y sus empleados. De forma tal que el estado dejó de lado cualquier función que no fuera la recaudatoria. Así y todo no se recaudó lo suficiente, sobre todo por los latrocinios generalizados de los empleados de la EIC, de manera que la Corte de Directores decidió asumir el gobierno directo. Éste estuvo en principio a cargo de Warren Hastings, famoso por sus atropellos y su inusitado enriquecimiento. En poco tiempo la mayor parte de las tierras fueron abandonadas por los campesinos, que huían masivamente del país.

Esta situación fue llevada a la consideración del Parlamento Británico por Edmund Burke, que denunció de esta manera el accionar de la Compañía:

Pero bajo el gobierno inglés todo este orden se ha trastocado. La invasión tártara fue dañina; pero es nuestra protección lo que destruye la India. Antes fue la enemistad, hoy es nuestra amistad. Nuestra conquista allí, tras veinte años, es tan cruda como lo fue el primer día. Los nativos apenas conocen lo que es ver el cabello gris de un inglés. Jóvenes (casi muchachos) gobiernan allí, sin trato y sin consideración alguna hacia los nativos. Tienen tanto roce social con el pueblo como si aún vivieran en Inglaterra, sólo el necesario para amasar una rápida fortuna, con el objetivo de radicarse muy lejos de la India. Animados por la avaricia de la edad y la impetuosidad de la juventud, llegan unos tras otros, ola tras ola, y los nativos sólo pueden vislumbrar un futuro desesperanzador de nuevos vuelos de aves de presa y de paso, con un apetito continuamente renovado. Cada rupia de beneficio hecha por un inglés está perdida por siempre para la India. Nosotros no aportamos ningún tipo de superstición compensatoria, a través de la cual un mínimo de caridad recompensa, a través del tiempo, a los pobres por la rapiña y las injusticias cotidianas. No vamos acompañados de ningún orgullo constructor de monumentos imponentes que reparen los daños que el orgullo ha producido, y que adorne a un país con sus propios despojos. Inglaterra no ha construido iglesias, ni hospitales, ni palacios, ni escuelas, ni puentes, ni carreteras, ni canales navegables, ni represas. Cualquier otro conquistador anterior ha dejado algún monumento tras él. Si nosotros fuéramos expulsados hoy mismo de la India, nada quedaría para testimoniar nuestra presencia durante el ignominioso período de nuestro dominio, en nada mejor que el dominio del orangután o del tigre. (Burke, 1999)

Desde ya que Burke no cuestionaba la existencia de la Compañía, ni mucho menos sus derechos a gobernar la India, denunciaba abusos que podían terminar poniendo en peligro las conquistas territoriales. La situación se tornó tan calamitosa que el propio gobierno británico debió intervenir en bien del sostén de la nueva colonia. Esta intervención se expresó en la *India Act* de 1784, delineada por William Pitt. En concreto, esta reglamentación establecía una alianza forzosa entre el Gobierno Británico y la EIC, imponiéndole a esta última una serie de obligaciones y controles. En resumidas cuentas esto se expresaba así:

- 1) Existirá una Junta de Control (*Board of Control*) consistente de un máximo de seis parlamentarios encabezados por un miembro del gabinete, para dirigir, supervisar y controlar los asuntos de las posesiones territoriales de la Compañía en las Indias Orientales.
- 2) La Corte de Directores establecerá un Comité Secreto para trabajar como enlace entre la Junta y la Corte.
- 3) El Consejo del Gobernador General consistirá de tres miembros, uno de los cuales será el comandante en jefe del Ejército Real en la India.
- 4) El gobierno debe detener futuros experimentos en la administración territorial y proceder a un asentamiento permanente de los zamindars a una

tasa impositiva moderada. El gobierno debe establecer sistemas judiciales y administrativos permanentes para la gestión del nuevo reino.

- 5) Todos los funcionarios civiles y militares deben proveer a la Corte de Directores un inventario completo de su propiedad en India y en Gran Bretaña dentro de los dos meses de asumir sus cargos.
- 6) Serán infligidos severos castigos, incluyendo confiscación de propiedad, despido y cárcel, a cualquier funcionario civil o militar al que se encuentre culpable de corrupción.
- 7) Está estrictamente prohibido recibir regalos, recompensas o presentes, tanto en especias como en efectivo, de zamindars, rajas u otros indios, y las personas encontradas culpables de estas ofensas serán juzgadas bajo el cargo de corrupción.

Indudablemente se trataba de medidas elementales, tendientes no a restringir a la Compañías sino a frenar sus abusos, en bien del Imperio. De cualquier forma, marcaron el inicio de una intervención del Gobierno de Su Majestad en las cuestiones del gobierno de la India, también de un seguimiento al accionar de la EIC. El monopolio de la Compañía sufrió un control gubernamental cada vez mayor, y fue puesto en discusión en el Parlamento cada veinte años,

cuando debía renovarse o prorrogarse. De hecho, con cada renovación del monopolio hubo un recorte a las atribuciones de la Compañía. Así, en 1813 se dio fin al monopolio comercial en la India, otros comerciantes pudieron introducir mercancías y comprar productos indios. Desde 1833 se anuló el monopolio comercial con Oriente y la Compañía debió aceptar el ingreso de otros comerciantes ingleses a China, hasta entonces coto exclusivo. Pero, en realidad, el Estado inglés y la Compañía actuaron al unísono ya desde el siglo XVIII. Desde 1784, con el *Board of Control*, el Gobierno pasó a supervisar cada acción de la East India Company. En 1800, Gobierno y Compañía acuerdan completar la ocupación. Y, cada veinte años, al prorrogar el monopolio, el propio parlamento supervisó y condicionó el gobierno de la Compañía.

Para 1818 se completó el control territorial de la India. Gran parte de ella quedó bajo el directo control británico, pero un cuarenta por ciento siguió bajo el gobierno de las autoridades tradicionales (rajas, nababs, nizams, etc) en tanto estas aceptaran la supremacía inglesa y la presencia de un residente que les dictara la política a seguir. Estos territorios fueron denominados “principados”, llegaron a ser alrededor de 600, la mayoría muy pequeños (dos o tres aldeas), pero algunos (Hyderabad, Cachemira) de grandes dimensiones y riquezas. Esto dio lugar a un sistema de gobierno indirecto, experiencia que posteriormente se extendió con éxito a gran parte del Imperio colonial británico. La autoridad tradicional se mantuvo porque era más económica: legitimaba la presencia europea con un menor recurso a la violencia.

Paralelamente a la extensión del nuevo sistema político se desarrolló un ciclo de grandes y traumáticas transformaciones económicas en la India. En principio, está la cuestión de la propiedad

de la tierra: la propia idea de una propiedad individual de la tierra era algo completamente ajeno a la India. Como contraparte, era ajeno a sus nuevos gobernantes el concepto de propiedad superpuesta, compartida o comunal. El resultado fue la transformación total del sistema agrícola, con la implantación de un tipo de propiedad privada similar al europeo o similar a algo que los nuevos amos europeos pudieran comprender.

La reforma del sistema agrícola fue considerada como una necesidad luego de la gran hambruna que se produjo en los años 1769-70, en los territorios controlados por la EIC. Un tercio, al menos, de la población de Bengala murió en esta primera gran hambruna. Se trató de la consecuencia inevitable del saqueo descarado combinado con el desgobierno total y absoluto. Pero, según el diagnóstico de los administradores, el problema estaba en el régimen de tenencia de la tierra. Éste debía reformarse en forma drástica y el método implementado por Warren Hastings, entonces al frente del gobierno de la India, fue el de otorgar las tierras en pública subasta por el término de cinco años. Nuevamente, el gran Edmund Burke denunció esta cuestión en el Parlamento:

En vez de administrar un remedio, tras una hambruna horrenda acaecida en 1772, el socorro que el nuevo presidente y el consejo ofrecieron a esta afligida nación fue poner en subasta las tierras de un reino entero. Ofrecieron las tierras de la nobleza toda, de la burguesía y de los campesinos libres al mejor postor. No se otorgó ninguna preferencia a los antiguos propietarios. Debieron luchar contra los usureros, aventureros, agiotistas e intrigantes, o a contentarse con una pensión que los rematadores pensaban asignarles. (Burke, 1999)

Fue una ocasión brillante para todo tipo de “pescadores de río revuelto”, pero sobre todo para aquellos que actuaban por cuenta y orden de los empleados jerárquicos de la Compañía, siempre según Burke:

Sirvientes de los británicos, personas (usando la expresión de un jefe hindú paciente y arruinado) “cuyos padres no habrían colocado ni junto a los perros de sus rebaños”, tomaron posesión de dichas tierras. El bania de Mr. Hasting tomo posesión, tras la subasta, de tierras que otorgan una renta de 140.000 libras anuales. (Burke, 1999)

Estos nuevos propietarios-aventureros no hicieron otra cosa que esquilmar a los campesinos-arrendatarios. Esto llevó a la fuga masiva de muchos campesinos, hacia territorios fuera del control de la EIC, y también a una serie de protestas e insurrecciones. La consecuencia fue la caída tanto de la producción agraria como de la recaudación impositiva.

Esta circunstancia condujo a que la Corte de Directores estableciera la necesidad de una nueva reforma de la tenencia de la tierra. Al expirar los contratos quinquenales se realizaron otros nuevos, pero esta vez exclusivamente con *zamindars*. El término *zamindar* deriva del persa *zamin* = tierra, y el posesivo *dar*, en la India del período mogol designaba a aquellos que recibían el impuesto que los campesinos debían pagar al estado. Se trataba de quienes tenían la posesión del derecho a la recolección de ese impuesto o renta, pero no de propietarios de la tierra. La tenencia efectiva de la tierra correspondía a los campesinos-cultivadores, designados con distintos términos (*raiyaats*, *riots*, etc.). O sea que los

zamindars eran meros intermediarios entre el gobierno y los campesinos, y no tenían ingerencia en la gestión productiva de la tierra. Sus funciones eran hereditarias, pero con ciertos límites. Podían ser removidos si no pagaban la renta estipulada, pero también si, como consecuencia de sus abusos, se producía un levantamiento campesino. Su riqueza y poder dependía del territorio que se les asignara, allí también cumplían funciones judiciales y de policía, necesarias para el cobro del tributo.

Como vimos, la *India Act* de 1784 estableció la necesidad de un asentamiento permanente (*permanent settlement*), como solución a la inestabilidad en las políticas territoriales de la EIC. Esto implicaba llevar adelante una política tendiente a un tipo de propiedad privada similar a la inglesa. El encargado de diseñarla y aplicarla fue Lord Cornwallis, nuevo Gobernador General y notorio miembro de la clase terrateniente inglesa. En lo que se conoce como el *Permanent settlement*, de 1793, toda la tierra de los territorios bajo propiedad de la EIC fue transferida en propiedad a sus *zamindars*. Además, a partir de allí los nuevos propietarios debían pagar un impuesto fijo, que el gobierno se comprometía a no reajustar jamás. Los *zamindars* podían vender, transferir o regalar su tierra, sobre la cual tendrían derechos absolutos, su única obligación era la del pago puntual del impuesto territorial, cuyo incumplimiento implicaba el inmediato remate de la propiedad. Por otra parte, la nueva legislación no concedía ningún derecho a los campesinos o *rayat*. Estos mantuvieron el derecho consuetudinario a la tenencia hereditaria de la tierra, pero no podían transferir ese derecho de ninguna forma. Además, la nueva legislación civil, copia de la inglesa, los consideraba arrendatarios, sujetos a la inmediata evicción ante cualquier retraso en el pago del arriendo. Así, los británicos sentaron las bases de la gran propiedad terrateniente en la India y también de la desposesión de su campesinado.

A medida que la EIC se expandía, se fue extendiendo este sistema de propiedad, si bien tuvo sus matices. En las posesiones más antiguas, como es el caso de Bengala, Orissa, Bihar, etc., se transfirió el derecho de propiedad de la tierra a los *zamindars*, o sea a los antiguos funcionarios encargados de la recaudación impositiva que, de buenas a primeras, se vieron convertidos en grandes terratenientes. En otras regiones el sistema fue el *riotwari*, allí el campesino o *riot* se convirtió en un arrendatario del nuevo estado colonial, pasible de desalojo ante cualquier retraso en el pago del canon correspondiente. En menor escala, y ante la resistencia campesina, los ingleses toleraron un tercer sistema, en el cual la responsabilidad era colectiva a cargo de las aldeas, pero esto fue bastante reducido.

Más traumático que el cambio en las relaciones de propiedad de la tierra fue el tema de los nuevos roles sociales que, con la colonización, se establecieron en el mundo campesino. A diferencia de Europa, en la India precolonial no existía ningún prejuicio social o religioso contra la usura, excepto el caso de los musulmanes. En toda aldea campesina, sobre todo en el caso de India Occidental, existía un comerciante que hacía las veces de tal, adelantando a los campesinos dinero o productos pagaderos en el tiempo de cosecha. Estos comerciantes pertenecían a la casta de los *baniyas* y eran conocidos por los campesinos como los *sahukars*, término que significa algo así como "hacedor del bien" o "hacedor de buenas acciones", como signo de la alta estima en que se los tenía. Esta relación *baniyas*-campesinos transcurría dentro de lo que, siguiendo a Edward Thompson, se ha denominado una "economía moral", factible en un marco precapitalista (Hardiman, 1996). Esta "economía moral" implicaba una obligación para el *bania*, en el sentido de sostener económicamente a las familias campesinas clientes cuando, por cualquier causa, la cosecha fracasaba y existía

una situación de escasez o hambre manifiesta. Los británicos pusieron en vigor una legislación civil que, en lo comercial y en las relaciones económicas, era similar a la vigente en la metrópoli. Esto implicó dar a los *baniyas* un poder sobre el campesinado inédito en el contexto precolonial. En efecto, a partir de allí, los usureros tuvieron el derecho de evicción sobre los campesinos que no pagaran sus deudas, incrementadas estas por los adelantos necesarios para abonar el canon de arrendamiento o impuesto territorial. Tuvieron a su disposición los tribunales jurisdiccionales y la fuerza armada colonial para cobrar por la fuerza sus deudas y, por la otra parte, desapareció la obligación consuetudinaria de sostener a los campesinos en desgracia. Más adelante, con el trazado de los ferrocarriles, estos *baniyas* tuvieron la posibilidad de especular, en gran escala y a largas distancias, con el comercio de cereales. Así surgieron "carestías" fruto no ya del clima sino de la especulación.

No es casual que, junto con los ferrocarriles, se incrementara en la India el problema de las hambrunas. Llamadas "epidemias de hambre" por los liberales que administraban la India, su denominación trasunta la hipocresía de considerarlas como algo fortuito e inevitable. Muchos millones de indios fueron víctimas del hambre: entre 1875 y 1900 hubo 18 períodos de hambre, que causan un total de 26 millones de muertos, solamente en 1918 una epidemia de gripe causó 8 millones de muertes (Chesneaux, 1976).

Los administradores coloniales nada hicieron al respecto, para ellos era el libre juego de la oferta y la demanda en el mercado de cereales el que, a la larga, se debía ocupar de solucionar estos problemas. El personal de la Compañía estaba entrenado en una escuela ubicada en Haileybury, donde también se diseñaba la política

económica de la compañía. Refiriéndose a una de las hambrunas, John Strachey señala:

En Haileybury, todos sabían que la economía política era una cuestión de leyes, que el dinero y los géneros se moverían por sí solos en formas benéficas para la humanidad. Cuanto menos interviniera un gobierno en los movimientos naturales, tanto mejor sería. Si existía una escasez real en Orissa, los precios se elevarían, los tratantes de granos de todas partes serían atraídos y enviarían rápidamente granos donde se necesitaran. Si el gobierno intentaba precipitar este proceso, causaría desperdicios e incurriría en pérdidas... Cuando el auxilio llegó, una cuarta parte de la población había muerto. (Strachey, 1972)

En realidad, estos problemas alimenticios no hubieran existido sin el efecto perverso del dominio colonial.

Además de los cambios en la comercialización, también estaba la cuestión de la nueva fiscalidad colonial. Los nuevos impuestos, cobrados a rajatabla, así como el monopolio sobre la sal, implicaron la necesidad continua de disponer de dinero en efectivo. La forma de obtenerlo era produciendo algo que a los nuevos amos les interesara comprar, de allí que gran parte del campesinado abandonara total o parcialmente los cultivos alimenticios de subsistencia en pos de nuevos cultivos industriales como el sisal, el añil o el opio.

A todos estos males hay que sumar el cataclismo de las tejedurías artesanales indias, arruinadas por la competencia industrial británica que, por supuesto, no pagaba ningún tipo de aranceles.

Algunos autores indios (Chesneaux, 1976) sostienen que la India precolonial se encontraba en los umbrales de una revolución industrial, tal era el desarrollo cuantitativo y cualitativo de sus tejedurías artesanales. No olvidemos al respecto que los orígenes de la presencia europea estuvieron ligados a la comercialización de estos productos. Durante las guerras napoleónicas y como subproducto del Bloqueo Continental, la producción india fue cargada con gravosos aranceles y, simultáneamente, la colonia fue inundada con productos británicos. El resultado previsible fue la ruina de los tejedores indios y casi una "revolución industrial al revés" marcada por una des-urbanización acelerada. India vivió el éxodo masivo hacia un campo ya saturado, en el cual había muy pocas posibilidades de inserción. En palabras de Marx, citando el comentario de un antiguo gobernador de la India:

La miseria reinante no encuentra apenas paralelo en la historia del comercio. Los huesos de los tejedores algodoneros hacen blanquear las llanuras de la india. (Marx, 1973)

6. El "Motín de los Cipayos" o "Gran Revolución Nacional" y el fin de la East India Company.

La reacción ante la penuria provocada por el saqueo continuo se produjo en 1857-58. Fue mucho más que un "motín", como la denominó la historiografía colonialista; pero menos que una "Gran Revolución Nacional", como quisieron hacerla aparecer los historiadores nacionalistas indios. Es indudable que se trató de una rebelión de muy grandes proporciones: iniciada en el cuerpo de "cipayos" (*sepoys*, soldados indios al servicio de la Compañía) se amplió con la adhesión de los gobernantes de los "principados" e incluso del emperador mogol, hasta entonces títere de los europeos. La leyenda historiográfica colonialista dice que su inicio se debió a la difusión entre las tropas de la noticia de que los cartuchos para sus fusiles de retrocarga (que debían morderse antes de introducirse en el arma) estaban untados en grasa de cerdo (si las tropas eran musulmanas) o de buey (si eran hindúes). La ruptura del tabú alimenticio habría provocado el descontento y la insurrección.

Por supuesto que la cuestión era mucho más compleja. La voracidad de la compañía se encontraba en franco avance a costa de los principados. El motín comenzó entre las tropas provenientes del reino de Oudh (luego Uttar Pradesh), anexo por la Compañía a fin de aumentar la recaudación. Además, la crónica ineficiencia de la compañía había llegado a límites intolerables. De hecho, su directorio era lo más parecido a una agencia de empleos para la aristocracia británica. El organismo supremo de la compañía, la "Corte de Directores", no tenía un poder real de gobierno, éste estaba en manos del "Board of Control", pero sus miembros hacían un gran negocio con los nombramientos. Marx nos dice que:

Como sus miembros [de la Corte de Directores] sólo reciben 300 libras anuales, en realidad se les paga con el patronato, ya que son ellos quienes presentan los candidatos para todos los cargos civiles y militares, entre los cuales el Gobernador General y los gobernadores provinciales están obligados a escoger para llenar los más altos cargos, negados a los nativos. Cuando se ha determinado la cantidad de nombramientos para el año, el total se divide en 28 partes iguales, de las cuales se adjudican dos al presidente y al vicepresidente, dos al presidente del Board of Control y una a cada uno de los directores. El valor anual de cada parte del patronato rara vez es inferior a 14.000 libras. (Marx, 1964, 86)

No podía esperarse eficiencia de tal sistema de administración, donde los cargos se vendían al mejor postor entre la “gentry” inglesa. La ineptitud, los abusos y la rapacidad dieron lugar al descontento y a la rebelión abierta.

Rápidamente se unieron otros principados a la rebelión, y luego las tropas de las regiones bajo gobierno directo. Pero se trató de una insurrección espontánea y desordenada, sin ningún tipo de coordinación. Esto puede verse claramente en las fuentes disponibles, que nos muestran una desorganización total de los amotinados, e incluso que los actos de violencia antieuropea eran perpetrados más que nada por delincuentes que habían aprovechado la oportunidad para escapar de las cárceles.

Los dirigentes que se impusieron a la masa de insurrectos eran los gobernantes tradicionales. Por lo tanto, el propósito no era diseñar un futuro distinto, sino restaurar un pasado al que se consideraba glorioso. El rápido triunfo inicial fue desaprovechado, y

naufregó en la fragmentación política y la progresiva claudicación de los príncipes.

La represión británica no tardó en llegar, fue brutal y proverbialmente rapaz. El saqueo del Kaisargarh, palacio del *nizam* en Luknow, por parte de las tropas británicas, tuvo ribetes sólo igualados por el saqueo de Tenochtitlán por las tropas de Hernán Cortés. William Russell, corresponsal del London Times, cuenta que:

Hay compañías que pueden jactarse de contar en sus filas a soldados rasos dueños de miles de libras. He oído hablar de un hombre que, complacientemente, se ofreció a prestar a un oficial “cualquier suma que necesitara si quería sobornar al capitán”. Otros han enviado grandes sumas a sus amigos. Antes de que esta carta llegue a Inglaterra, muchos diamantes, esmeraldas y delicadas perlas habrán contado, en forma silenciosa y amena, su historia del asalto y pillaje de Kaisargarh. Es suerte que las bellas que con ellas se engalanan no hayan visto cómo fueron obtenidas las relucientes chucherías, o las escenas de apropiación del tesoro. Literalmente, algunos de estos oficiales han hecho su fortuna. Hay ciertos cofrecitos guardados en maltrechas maletas de soldados, que contienen fincas en Escocia e Irlanda, y cómodos pabellones de caza... (Marx, 1964, 222)

Pero el gobierno británico tuvo que intervenir directamente con todo su poder, y fue el fin de la Compañía. La incapacidad de ésta para asegurar la continuidad de la dominación, y la evidencia de que el Motín era un producto de su ineficiencia, fueron motivos suficientes para pasar a una nueva etapa.

7. El “Raj” británico.

En la larga discusión parlamentaria de 1855 para la renovación del privilegio de la East India Company, se llegó a un acuerdo que introdujo algunos cambios en la relación del gobierno británico con la misma. Ya no se renovó el privilegio por otros veinte años, como había sido el caso hasta entonces, sino por un lapso indefinido. Ahora bien, los sabios gobernantes ingleses introdujeron una cláusula que establecía la revocabilidad de la concesión por parte del Parlamento. De hecho, la revocación ocurrió en 1858 al demostrar la Compañía su incapacidad para controlar el Motín. A partir de allí, comenzó el gobierno británico directo, que continuó hasta 1947. El emperador mogol fue destituido por “infidelidad” y, en 1871, la reina Victoria fue coronada en su lugar como “Emperatriz de la India”.

Este cambio no produjo una modificación sustancial en el sistema impositivo, ni en la vida cotidiana del depauperado campesino indio. Pero sí trajo un mayor orden y eficiencia en la administración. El cuerpo administrativo, Indian Civil Service (ICS), se profesionalizó para convertirse en un grupo de élite de especialistas en la administración colonial. Lo pequeño de su número (unos 2.000 integrantes en esta época) dice mucho en cuanto a su eficiencia y capacidad. A los administradores hay que sumar los funcionarios militares y policiales, mucho más numerosos, que completaban la casi totalidad de la oficialidad de esos cuerpos.

A través de ellos y mediante diversos mecanismos, la India pasó a aportar sus enormes recursos al estado británico, para fines de lo más variados. Strachey señala:

Las cargas con las que se creyó conveniente abrumar a la India parecen increíbles. Las pérdidas ocasionadas por la Rebelión; el precio de la transferencia de los derechos de la Compañía a la Corona; los gastos de guerras simultáneas en China y Abisinia; los de cada oficina de Londres, así estuviera remotamente relacionada con la India; los salarios de las asistentes de la India House; los gastos ocasionados por los navíos que se hacían a la mar, así no fueran a participar en hostilidades, y los gastos de entrenamiento de los regimientos destinados a la India -en Inglaterra, durante seis meses-, todo se imputaba a la nación a que pertenecían los rebeldes. Cuando el Sultán de Turquía visitó oficialmente Londres en 1868, la cuenta del baile que se le ofreció en la India House se cargó a la India. La construcción de un manicomio en Ealing; los regalos destinados para una misión a Zanzíbar; los servicios diplomáticos y consulares de la Gran Bretaña en la China y en Persia; parte de los gastos permanentes de la flota del Mediterráneo y el costo total de una línea telegráfica de Inglaterra a la India fueron imputados, con anterioridad a 1870, al Tesoro indio. (Strachey, 1972)

En esa época, era un lugar común del humor inglés decir que hasta la leche del gato favorito de la reina Victoria se debitaba de la cuenta de la India. La cuestión es que resulta difícil pensar la gran expansión imperial inglesa de fines del siglo XIX sin considerar el aporte de la India. La diplomacia inglesa en Oriente estaba financiada con esos recursos, y también los gastos de las guerras coloniales. Pero quizá el mayor aporte de la India fue el de un ejército permanente.

Como nación marinera, Inglaterra nunca había contado con un ejército de tierra demasiado considerable, en forma permanente. A partir de este momento el Ejército de la India, con oficialidad

británica y tropa india, convirtió a Gran Bretaña en la mayor potencia militar de su época. Este ejército participó en las dos guerras mundiales y en todos los conflictos coloniales del Imperio. Su composición cambió considerablemente en relación a las tropas cipayas anteriores al motín: sólo se enrolaban las denominadas “razas marciales” como los sijs del Punjab y los Gurjas del Nepal (estos últimos hasta el día de hoy presentes en el ejército británico y puntal de sus últimas intervenciones militares en Malvinas, Afganistán e Iraq). Por supuesto que los enormes gastos de este ejército colosal (200.000 soldados) estuvieron siempre solventados por la recaudación impositiva de la India, de forma tal que Gran Bretaña se encontró en gran medida librada de los agobiantes gastos militares inherentes a toda potencia colonial.

Esto último explica, en parte, la mejora de las condiciones de vida en la metrópoli, notable en este período. También su estabilidad social. El gobierno de la India dio lugar al surgimiento de una clase social ligada a la administración civil y militar de la colonia. Clase eminentemente conservadora, egresada de las Public Schools, que cumplió la importante función de amortiguar cualquier descontento obrero. Un “hijo maldito” de esta clase fue el gran escritor George Orwell, nacido en la India. El padre de Orwell era un funcionario menor del Departamento de Opio del Indian Civil Service, y el primer trabajo del propio Orwell, luego de su graduación en la Public School, fue en la policía de Birmania. Allí aprendió a odiar al imperialismo y todo lo ligado a él, lo cual quedó magistralmente plasmado en su gran novela *Burmese Days*. En otra obra Orwell reflexiona sobre su pertenencia a esa clase media baja ligada al mundo colonial:

Pertenecer a esta clase cuando estás en el nivel de 400 libras al año es un negocio extraño, porque significa que tu nobleza es casi exclusivamente teórica. Vives, por así decir, simultáneamente en dos niveles. Teóricamente sabes todo acerca de los sirvientes y cómo tratarlos, mientras que en la práctica tienes uno, o a lo sumo dos, sirvientes permanentes. Teóricamente sabes cómo usar tu ropa y cómo ordenar una cena, mientras que en la práctica nunca podrás afrontar el ir a un sastre decente o a un restaurante decente. Teóricamente sabes cómo cazar y cabalgar, mientras que en la práctica no tienes ni caballos ni una pulgada de terreno donde cazar. Esto es lo que explica la atracción de la India para la clase media-baja. Los que llegan allí como soldados y funcionarios no van para hacer dinero; van allí porque en la India con caballos baratos, libre cacería, y hordas de sirvientes negros, es tan fácil jugar a ser caballeros. (Orwell, 1978: 108)

Un miembro de esta clase no ganaba mucho más dinero que un obrero calificado, pero la alienación cultural producida por las *Public Schools* y por el servicio colonial hacía que estuviera a años luz de cualquier tipo de conciencia de su rol social. Podían jugar a ser *gentlemen* en la India, y esa era una golosina que los alienaba de por vida. Orwell encontró el camino de la rebeldía, y nos dejó una espléndida vivisección de su clase en algunas de sus mejores obras (Orwell: 2002).

Los británicos en la India constituyeron algo parecido a una nueva casta, endogámica y exclusiva, con sitios propios y profesión asegurada (Kennedy: 1996). Además de hijos malditos, como Orwell, también la clase media baja ligada a la administración colonial tuvo sus “intelectuales orgánicos”. Sin dudas, el mayor de ellos fue Rudyard Kipling, también nacido en la India. En sus obras,

Kipling nos transmite la visión del mundo colonial desde la perspectiva del amo: el gobierno inglés como el “despotismo benévolo” benéfico a los pueblos coloniales. Como todo gran artista Kipling expresó, en unos pocos versos, el sentir de su clase:

*Llebad la carga del Hombre Blanco...
Enviad a los mejores de entre vosotros...
Vamos, atad a vuestros hijos al exilio
Para servir a la necesidad de vuestros cautivos;
Para servir, con equipo de combate
a naciones tumultuosas y salvajes,
Vuestros recién conquistados y descontentos pueblos,
Mitad demonios y mitad niños. (Kipling, 1899)*

La “carga del hombre blanco” es la responsabilidad por el cuidado de esos “mitad demonios y mitad niños”, a los que hay que reprimir cuando se portan como demonios y tutelar cuando asumen el papel (mucho más aceptable) de menores incapaces.

Por la misma época, Sir Winston Churchill hacía una caracterización bastante parecida a la de Kipling. Relatando las virtudes guerreras de los *pathanes* de la frontera nor-occidental, añadía que:

Los vemos en sus escuálidas chozas de techos agujereados, entre suciedad e ignorancia, como la raza más degradada de la humanidad; feroces como tigres, pero menos limpios; igual de peligrosos, pero no tan gráciles. Aquellas virtudes familiares, que los idealistas adscriben usualmente a los pueblos primitivos, están aquí conspicuamente ausentes. (Churchill, 2003)

Por supuesto que tal ferocidad no puede ser dejada a su libre arbitrio. Aquí aparece el aspecto, ante todo, civilizador del Imperio. También podemos encontrar la pretensión de un sentido moral para el imperialismo, magníficamente expresada por Lord Cromer:

Una política imperial debe, por supuesto, ser llevada adelante con prudencia razonable, y los principios de gobierno que guíen nuestras relaciones con cualesquiera razas puestas bajo nuestro control deben ser política y económicamente sanos y moralmente defendibles. Esta es, de hecho, la piedra angular del arco imperial. (Cromer, 2005).

Cromer sabía muy bien que el dominio imperial no podía ejercerse solamente mediante la fuerza de las armas:

Hay verdad en el dicho, que quizá últimamente hemos oído demasiado, de que el mantenimiento del Imperio depende de la espada; pero depende tan poco de la espada sola que si alguna vez tenemos que desenvainar la espada, no meramente para suprimir alguna efervescencia local, sino para vencer un levantamiento general de las razas sometidas puesto en acción por la opresión deliberada, lo que es altamente improbable, o por el desgobierno no intencionado, lo que es mucho menos concebible, la espada seguramente no tendrá el poder para defendernos mucho, y los días de nuestro dominio imperial estarán contados. (Cromer, 2005)

Pero se cuida muy bien de expresar públicamente los métodos de ese buen gobierno no opresivo. En realidad, este “despotismo benévolo” (como lo caracteriza la literatura colonialista) supo utilizar

hábilmente las contradicciones entre sus súbditos, y donde éstas no existían no dudó en crearlas. No solamente se trató del conocido incentivo a la confrontación entre hindúes y musulmanes, sino también de un intento de fragmentación social mucho más amplio. El gobierno británico adoptó la ideología brahmánica de las cuatro castas religiosas, y cada súbdito hindú fue insertado en una de esas castas. Esto se evidencia en los escrupulosos censos del período colonial, en los que a cada individuo se le atribuía una casta. Ahora bien, esto implicó otorgar una identidad de casta a grupos endogámicos que no tenían tal cosa. También implicó atribuir una identidad servil a grupos que no estaban dispuestos a aceptarla. Esto dio origen a la “reforma chatria” (Pinch, 1996), que tomó impulso a fines del siglo XIX, y que fue motorizada por los *sadhus* (monjes mendicantes) de la orden *Ramanandi*.

La “reforma chatria” fue un movimiento contestatario, llevado adelante por miembros de castas campesinas a los que la ideología brahmánica atribuía una identidad *sudra*, o sea servil. Éstos no aceptaron esta clasificación, y reclamaron para sí el pertenecer a la casta de los reyes y guerreros. La cuestión dio lugar a un amplio movimiento de masas que se expresaba a través de festivales en honor al dios guerrero *Rama*. También el supuesto sitio de nacimiento del dios *Rama*, la ciudad de Ayodhya, sobre el Ganges, ocupó un lugar en este movimiento. Los *sadhus* de la orden Ramanandi, mayormente reclutados en el ámbito campesino, fueron los catalizadores y difusores de este movimiento de resistencia cultural. A veces los festivales en honor a *Rama* y en reclamo de una identidad *chatria* terminaban con expresiones de repudio a la autoridad colonial. De allí que, para la literatura colonialista los *sadhus* adquieran muchas veces un carácter pervertido y sospechoso: mientras se exaltan las virtudes de laboriosidad y frugalidad del campesino, se contrasta esta imagen con la holgazanería del *sadhu*.

Vigilar los movimientos y reuniones de los *sadhu* se convirtió en una de las actividades de la policía británica. De hecho, el poder colonial supo ser confrontado en sus comienzos con la resistencia de las órdenes religiosas, como ocurrió durante las “guerras de fakires” de inicio del siglo XIX. Estas guerras, llevadas adelante por *sadhus* combatientes, que a veces estaban relacionados con rutas comerciales alternativas a las controladas por los *bantias*, fueron un antecedente de resistencia religiosa al colonialismo. Pero en el caso de la “reforma chatria” no siempre los implicados en el movimiento poseían la conciencia necesaria como para relacionar la ideología brahmánica que les daba un lugar subalterno en la sociedad con el poder británico. De allí que, generalmente, no se iba más allá de la protesta anti-brahmánica, con lo cual el movimiento era funcional al “divide et impera” en que se sustentaba el imperio. Fue en un principio el caso de lo que la historiografía india denomina *Non-Brahman movement* de la India del sur, activo desde la década de 1930 y que hizo eclosión en la segunda posguerra, tomando un cariz marcadamente regionalista (Irschick, 1994).

8. Los orígenes del movimiento nacional.

Los inicios del movimiento nacional en la India son casi un epifenómeno del sistema educativo colonial. Este sistema, que comenzó a desarrollarse durante el período de administración de la East India Company, nació bajo la influencia de un gran prohombre de la cultura británica de ese entonces: Thomas Babington Macaulay. Poeta, historiador, legislador y publicista, Macaulay actuó como asesor preferencial del gobierno británico para cuestiones educativas. En ese sentido, intervino en los debates parlamentarios de 1833, previos a la renovación del privilegio de la Compañía. Una de las condiciones que se le impuso a la Compañía, fue la creación de un sistema educativo para los indígenas y Macaulay fue el encargado de diseñarlo. Para ello viajó a Calcuta, junto a una comisión de notables enrolados en la misma tarea. Macaulay no conocía ninguno de los idiomas que se hablaban en la India, pero eso no le impidió descalificarlos como vehículo de la enseñanza:

...los dialectos comúnmente hablados entre los nativos de esta parte de la India, no contienen ninguna información literaria ni científica y además son tan pobres y rústicos que, en tanto no sean enriquecidos desde alguna otra parte, no será fácil traducir a ellos ningún trabajo de valor. (Macaulay, 1957)

Por supuesto que Macaulay no encontró a nadie que le recordara que, en la época en que los ingleses comían carne cruda y se vestían con pieles la India ya tenía un corpus literario extraordinario. Sus asesores y amigos, el ámbito en el que actuaba, el

lugar del saber que ocupaba, todo tendía a descalificar la producción intelectual autóctona:

He conversado tanto aquí como en casa con hombres distinguidos por su habilidad en lenguas orientales. Estoy preparado para asumir el conocimiento oriental en la valoración que de él hacen los propios orientalistas. Nunca encontré uno entre ellos que pudiera negar que un solo estante de una buena biblioteca europea era superior a toda la literatura nativa de India y Arabia. La superioridad intrínseca de la literatura occidental es admitida completamente por aquellos miembros del Comité que apoyan un plan de educación oriental. (Macaulay, 1957)

En esa época se creía en la superioridad de un arte sobre otro, de un conocimiento sobre otro, de una raza sobre otra. Pero para Macaulay la superioridad era abrumadora: un sencillo manual occidental tenía más información que toda la literatura árabe y sánscrita:

Creo que no es exageración decir que toda la información histórica que ha sido recogida de todos los libros escritos en sánscrito es menos valiosa que aquella que puede encontrarse en los manuales más breves utilizados en las escuelas preparatorias de Inglaterra. En cada aspecto de la filosofía, física o moral, la posición relativa de las dos naciones es aproximadamente la misma. (Macaulay, 1957)

Tan abrumador es este menosprecio por la inmensa tradición literaria india que hace pensar en una impostura. ¿Podría ignorar una

persona culta como Macaulay algo tan grande y tan reconocido ya para ese entonces? Desde luego que la postura de Macaulay era funcional a su proyecto educativo para la India. No se trataba de una educación universal, sino de una instrucción para una élite a la que se debía aculturar para que sirviera fielmente a los intereses británicos:

...es imposible para nosotros, con nuestros medios limitados, intentar educar al pueblo todo. Debemos al presente hacer lo mejor que podamos para formar una clase que pueda actuar como intérprete entre nosotros y los millones a los que gobernamos; una clase de personas, indios por la sangre y el color, pero ingleses en el gusto, opiniones, moral e intelecto. (Macaulay, 1957)

Pocas veces puede encontrarse un manifiesto tan abrumador del etnocentrismo, y una confesión tan clara del proyecto colonial. Pero debemos tener presente que Macaulay no hacía más que manifestar fielmente la opinión generalizada de su clase, en perfecta sincronía con los intereses del Imperio Británico. No conocía ninguna de las lenguas de la India, pero desaconsejaba su uso en la educación. Había leído sólo algunas traducciones de textos de la tradición cultural hindú, pero consideraba a toda esta tradición como pueril en lo que hace al conocimiento y de escaso valor artístico.

Es probable que a Macaulay, como a la mayoría de los ingleses que se relacionaron con la India, no le interesara en absoluto el conocimiento de la tradición cultural de los súbditos. Pero aún en el caso en que ese interés existió, estuvo tamizado por una perspectiva orientalista que consideraba a lo actual como la depravación del pasado. Esta perspectiva es bien evidente en quien fue el gran iniciador de los estudios hindológicos, y gran traductor al inglés de

los textos de la literatura sánscrita: William James. Si bien James se instaló en la India para hacer fortuna, su propio oficio en el sistema judicial, donde llegó a ser juez del Tribunal Supremo de Bengala, lo introdujo en el conocimiento de la literatura y filosofía indias. El sistema judicial implantado por los británicos era muy particular: las cuestiones civiles debían resolverse de acuerdo a una legislación similar a la inglesa, en tanto que las cuestiones familiares y muchas penales seguían la tradición legal indígena. De esta forma se daba la paradoja de que un juez inglés debía interpretar las leyes de Manú. Fue el caso de James, con la salvedad de que en este caso la tradición cultural india terminó atrapándolo intelectualmente. Así, James dedicó toda su vida al estudio y la traducción de textos sánscritos. Sin embargo, eso no mejoró su opinión de los nativos: en una carta escrita en 1786 a un amigo norteamericano dice:

Jamás dejaré de pensar que la libertad racional hace virtuosos a los hombres, y la virtud felices: por lo tanto, al desear ardientemente la felicidad universal, deseo la libertad universal. Sin embargo, sus observaciones sobre los hindúes son acertadas: son incapaces de libertad civil; pocos tienen noción de ella, y quienes la tienen, no la desean. Deben (deploro el mal, pero reconozco su necesidad), deben ser gobernados por un poder absoluto, y mi dolor se alivia en gran medida al saber que los propios nativos... son más felices bajo nuestro dominio de lo que lo fueron o hubieran sido bajo los sultanes de Delhi o los pequeños rajás. (Naipaul, 1988).

Puede apreciarse cuál era la cosmovisión colonialista: el Imperio Británico como fuente de bien y felicidad para sus súbditos o, en palabras de un antiguo Virrey de la India, Lord Curzon, en la dedicatoria de uno de sus libros a:

...todas las personas de uno y otro sexo que creen que el Imperio Británico es, después de la Providencia, la mayor fuerza favorable al Bien que existe en el mundo. (Pouchepadass: 1976, 66)

Lo extraordinario de la cuestión no es tanto que los británicos creyeran esto, sino que lograran convencer a algunos de sus súbditos de la India. En realidad, en todos los procesos coloniales surgen quienes pretenden imitar al amo, a veces esa imitación es solamente una mímica farsesca, otras, como en el caso de la India, la cuestión llega más lejos (Roy: 1998). El Congreso Nacional Indio (luego Partido del Congreso) surgió en 1885 como una reunión de notables, poseedores de un mínimo de educación inglesa. Se trataba de una convocatoria que se reunía una vez al año, y a la que paulatinamente se fueron sumando distintos grupos. Con el correr del tiempo allí estuvieron representadas distintas asociaciones, lo cual le dio un cariz corporativo. La preocupación principal del Congreso, en sus primeros tiempos, fue la de lograr una mayor participación india en la administración británica. El dominio británico no se discutía, sólo se pedía una mayor participación en el mismo. En este sentido, el Congreso estaba lejos de ser un movimiento nacionalista, y más lejos aún de postularse como alternativa de gobierno. De hecho, sus dirigentes consideraban que no había ninguna alternativa posible al gobierno inglés. Quien fue la principal figura del Congreso en estos primeros tiempos, Gopal Krisna Gokale, lo dijo con todas las letras:

Nuestros jóvenes deben entender que no hay alternativa al dominio británico -no sólo ahora, sino durante mucho tiempo- y que los intentos de destruirlo, directa o indirectamente, pueden ser perjudiciales para nosotros mismos. Más aún, deben reconocer, si quieren ser justos, que a pesar de los inevitables inconvenientes que acarrea por su condición de régimen extranjero, este dominio ha

sido en general un gran instrumento de progreso para nuestro pueblo. Su continuación significa el mantenimiento de esa paz y ese orden que sólo él puede sostener en las circunstancias actuales del país. (Erikson: 1973)

Esta idea del Imperio Británico como una fuerza benéfica que había evitado a la India conflictos internos podemos encontrarla en los principales dirigentes del Congreso, Gandhi incluido, hasta el momento de la independencia. Gokale consideraba que, para lograr el autogobierno, la India primero debía reformarse en todo sentido. En definitiva, creía que para ello era necesario que los indios se convirtieran en esos “ingleses de piel oscura”, que pretendía Macaulay. También creía necesaria la eliminación del sistema de castas, y de muchas costumbres indias que los ingleses combatían, tales como el matrimonio infantil y el suicidio de las viudas. El gran problema de estos colaboracionistas fue que los británicos no necesitaban su colaboración. De allí que sus éxitos, si los hubo, fueran extremadamente mediocres, e insuficientes como para satisfacer a una masa cada vez más amplia de jóvenes de clase media con educación occidental. Esto dio lugar al surgimiento, dentro del Congreso, de una segunda tendencia.

El primero en solicitar el Swaraj (autogobierno) para la india fue un brahmán de Maharastra llamado Bal Gandahar Tilak. A partir de Tilak podemos decir que existe una postura enteramente nacionalista dentro del Congreso. Tilak señaló lo perjudicial del dominio británico y lo caracterizó como transitorio:

Una cosa es segura: este gobierno no nos sirve. Como ha dicho un eminente estadista, el gobierno de un país por otro nunca

puede ser exitoso y, por lo tanto, un gobierno permanente. (De Bary, 1958)

Tilak supo también ver con claridad el engaño en que se basaba la relación colonial, engaño que era verdad absoluta para Gokale y los “moderados” del Congreso:

Este gobierno extranjero arruinó el país. Al principio, todos nosotros fuimos tomados de sorpresa. Pensábamos que todo lo que hacían los gobernantes era para nuestro bien y que este gobierno inglés había bajado del cielo para salvarnos de las invasiones de Tamerlán y Gengis Khan, y, ellos decían, no sólo para evitar invasiones extranjeras sino también para impedir guerras internas. (De Bary, 1958)

Para Tilak, los ingleses justificaban su dominación con el engaño de pretender ser los portadores de la paz para la India, y la mantenían con otro engaño, el de su supuesto poder:

Todos los ingleses saben que son meramente un puñado de personas en este país y es su negocio engañarnos para que creamos que somos débiles y ellos poderosos. Esto es la política. Hemos sido engañados por esa política durante mucho tiempo. (De Bary, 1958)

En realidad, según Tilak, los ingleses no podrían sobrevivir en la India sin la colaboración servil de los indios. Allí estaba la clave para lograr el Swaraj: no seguir colaborando con el opresor, boicotearlo de todas las maneras posibles:

Esto es el boicot y esto es lo que queremos significar cuando decimos que el boicot es un arma política. No debemos asistirlos en el cobro de los impuestos y en el mantenimiento de la paz. No debemos colaborar con ellos en guerras que mantienen más allá de nuestras fronteras brindándoles nuestra sangre y nuestro dinero. No debemos ayudarlos en la administración de justicia. Debemos tener nuestros propios tribunales, y cuando llegue el momento no debemos pagar los impuestos. ¿Podéis hacer esto con la unión de vuestros esfuerzos? Si podéis, seréis libres desde mañana. (De Bary, 1958)

Ante el fracaso manifiesto de los “moderados” Tilak, calificado por estos como “extremista”, logró el predominio circunstancial en el Congreso e intentó llevar a la práctica el boicot activo. En realidad, este supuesto extremismo no es otra cosa que el antecedente de la “no-colaboración” y la “desobediencia civil” gandhiana, de las que hablaremos más adelante. No se trataba de una rebelión violenta, sino de privar a los ingleses de su base de sustentación nativa. Además Tilak, contraponiéndose en esto claramente a los “moderados”, defendía la persistencia del sistema de castas como rasgo esencial de la identidad nacional india. En este sentido, también Tilak promovió la protección de las vacas, y formó una asociación dedicada a ello. Cuestión esta que, hasta hoy, genera debates y disturbios en la India (Roy: 1994)

De cualquier modo, y a pesar del accionar de Tilak mucho más comprensible a nivel popular que las propuestas de Gokale y la élite anglófona, el Congreso continuó siendo una representación de las capas medias de la sociedad india. Así siguió hasta el período de grandes agitaciones en torno a la partición de Bengala.

9. La partición de Bengala y sus implicancias.

Los primeros años del siglo XX presenciaron el inicio de la lucha nacionalista propiamente dicha. Hasta entonces, la élite evolucionada del Congreso no había hecho más que reclamar mayor participación en el gobierno colonial británico. La facción de Tilak logró el predominio en un momento clave para la historia asiática: la guerra ruso-japonesa de 1905. Este conflicto tuvo una repercusión inmensa en el mundo colonial: por primera vez una potencia asiática derrotaba completamente a un país europeo, dando por tierra con la supuesta incapacidad de los orientales para el desarrollo tecnológico. Ese mismo año Tilak impulsó un boicot a los productos ingleses, el movimiento fue conocido como *swadeshi* (autarquía) y proclamó la necesidad de producir en la propia India todo lo necesario para la vida. Ante todo, se trataba del boicot a los productos textiles, tan significativos en la relación con la metrópoli.

El movimiento fue una respuesta a la medida administrativa del virrey Lord Curzon en el sentido de dividir Bengala. Esta provincia de la India Británica, que entonces incluía Orissa y Bihar, era demasiado extensa y poblada como para permitir una administración eficiente, y requería una reestructuración. Con 78 millones de habitantes en total y una región interior que, sobre todo en el este, se encontraba aislada por ríos y cañadas, Bengala era inabarcable para la administración central, que se dedicaba ante todo a Calcuta y sus áreas adyacentes. Originariamente, el plan de división estaba basado en consideraciones administrativas y era ante todo geográfico, más que étnico, lingüístico o religioso. Con el correr del tiempo y a medida que se producían reacciones contrarias al proyecto, los

británicos vieron otro tipo de posibilidades en el mismo, en el sentido de apuntalar su dominio.

La medida encontró oposición en las élites de Calcuta. A nivel económico, se veía a la creación de una nueva provincia en el este como una pérdida segura para el mundo de los negocios de Calcuta. A nivel cultural, como la división en dos estados de una comunidad lingüística que en ese momento estaba experimentando un notorio resurgimiento literario. Finalmente, a nivel religioso, la nueva provincia comprendería a la casi totalidad de la comunidad musulmana bengalí, por tanto el intento británico era considerado por los hindúes como la creación de un nuevo poder musulmán para contrapesar su propio desarrollo político. Tanto la prensa india como la bengalí se opusieron de plano a la partición y el Congreso se puso al frente de esta lucha contra lo que se veía como un nuevo aspecto de la estrategia británica de “divide et impera”.

La lucha tomó prontamente un carácter religioso, con los hindúes oponiéndose a la división y los musulmanes apoyándola. El templo de la diosa Kali, en Calcuta, se convirtió en el centro de manifestaciones nacionalistas. Kali, esposa de Shiva, muy popular en Bengala, tiene dos aspectos o dimensiones: el generativo y el destructivo, es venerada como la gran Madre, asociada con la concepción de Bengala como Madre Patria. Esta concepción ofrecía una buena base para la acción política. Contra la voluntad de muchos de los dirigentes moderados y laicos del Congreso, la oposición al proyecto británico tomó el carácter de un movimiento político-religioso de masas, en el que los sacerdotes ofrecían *pujas* (plegarias) a la Diosa-Madre-Patria. Las acciones se desarrollaron mediante mítines masivos, agitación en el campo, y boicot contra los productos británicos, movimiento este último conocido como *swadeshi*.

En realidad, el movimiento *swadeshi* aspiraba a mucho más que a un mero boicot. Se trató de un movimiento económico y cultural que buscaba la autonomía en todos los aspectos. Si bien predominantemente hindú, el *swadeshi* también tuvo, al comienzo, seguidores entre la comunidad musulmana. Podemos considerarlo como el antecedente directo de la acción gandhiana, pero sin el dogma de la no-violencia que caracterizó a esta última. Se trataba no sólo de no consumir bienes ingleses, sino también de impulsar la producción de sustitutos a los mismos. En este sentido, el *swadeshi* implicó un impulso y una revitalización a la producción, ante todo textil, india. También era un retorno a la propia cultura, alienada por la educación británica. En este sentido, el movimiento propició la fundación de escuelas de nuevo tipo, que combinaran la tradición cultural propia con los conocimientos técnicos y científicos modernos. La obra de Rabindranath Tagore y su experiencia educativa de Santiniketan, son lo más difundido del *swadeshi* en occidente, pero el movimiento fue algo mucho mayor. La demanda de una educación nacional se expresó no sólo mediante el boicot (no muy exitoso) a la educación colonial, sino también mediante la fundación masiva de nuevas escuelas y centros de enseñanza.

Millones de personas, que hasta entonces no habían tenido ningún compromiso político, se involucraron en el movimiento. Si bien el aspecto económico del *swadeshi* era perfectamente aceptable para los musulmanes, éstos se alejaron del movimiento a medida que éste iba tomando un matiz religioso y se utilizaba como arma política contra la partición de Bengala, a la que apoyaban. En este sentido, no es de extrañar que la mayor entidad política musulmana se haya fundado en 1906, en reacción directa al movimiento. De hecho, el surgimiento de la Liga Musulmana fue un gran triunfo de la política divisionista británica.

El sentimiento nacional, originado por la partición de Bengala se extendió por toda la India, también lo hizo el *swadeshi*. Rápidamente se difundió la utilización de productos, sobre todo textiles, producidos en el país. La vestimenta de las clases medias occidentalizadas cambió radicalmente, ya que el uso de prendas importadas se tornó indeseable. Pero también el *swadesi* dio impulso a otro tipo de industrias y artesanías, incluyendo fundiciones de hierro y acero, lo cual revitalizó a la burguesía india y la asoció definitivamente al movimiento.

Si bien la oposición a la partición de Bengala se desarrolló, al principio, en forma pacífica y dentro de los límites legales, la represión gubernamental y la falta de resultados concretos hizo que la dirección de la lucha pasara a manos de sectores más militantes y radicalizados. De esa forma, el boicot se combinó con la lucha armada, expresada en atentados contra bienes de propiedad inglesa y contra los propios gobernantes. Fueron cometidos varios asesinatos y atentados contra la vida de prominentes funcionarios británicos y el terrorismo se convirtió en parte integral del movimiento *swadeshi*. Entre 1908 y 1910 la lucha violenta alcanzó su clímax, también la represión gubernamental, con arrestos y detenciones arbitrarias calificadas como “preventivas”. Dentro del Congreso Nacional Indio los jóvenes de la facción de Tilak propiciaban la lucha armada, en tanto Gokhale y los moderados se oponían resueltamente a toda acción violenta.

La política británica consistió en reprimir a los radicalizados e integrar a los moderados. Esto tuvo expresión en las “Reformas Morley-Minto”, nombres del Secretario de Estado para la India y del Virrey respectivamente, que abrieron un lugar a quienes buscaban participación y notoriedad. Las reformas consistieron en una

ampliación de los consejos legislativos provinciales y central con la incorporación de consejeros indios y con alguna ampliación de sus funciones. Estos consejos serían electos mediante electorados separados de hindúes y musulmanes, lo cual implicó un gran avance en el consabido “divide et impera”, ya que bloqueó la integración de los musulmanes en el Congreso.

Finalmente, los británicos retrocedieron en lo que respecta a la partición de Bengala. En diciembre de 1911 se anunció la reunificación, junto con algunos cambios en la administración de la India. Entre estos, se destaca el traslado del gobierno central de la India a Delhi, acto que se consideraba un gesto hacia la comunidad musulmana, ya que éste era el sitio de sus pasadas glorias. En realidad, el objetivo era alejar al gobierno de la agitada atmósfera política de Bengala. Además, el degradar Calcuta a un nivel provincial necesariamente debilitaba la influencia de los hindúes bengalíes, tan activos política y culturalmente.

En realidad, tras el aparente fracaso del proyecto británico de partición, se escondía el triunfo de una política tendiente a fortalecer lo que se denominó el “comunalismo”. Ni más ni menos que el antagonismo hindú-musulmán, de trágicas consecuencias en el momento de la independencia y que hasta hoy envenena a muchos sectores de la sociedad india, pero que fue un elemento clave en la dominación británica, en tanto permitió que el gobierno extranjero se colocara en el lugar del “árbitro imparcial” en cualquier conflicto entre las dos comunidades.

Otra cuestión importante es que, a partir de la agitación contra la partición de Bengala, el movimiento nacionalista tomó una

impronta político-religiosa que ya no abandonará. Como ya señalamos, el movimiento recurrió a elementos de la tradición religiosa como recurso legitimador y movilizador. Esta apelación a lo religioso permitió que el mensaje nacionalista fuera mucho más allá de las clases medias occidentalizadas que, hasta entonces, habían sido sus difusoras. La fuerza de los elementos místicos y milenaristas permitió al Congreso pasar, paulatinamente, a convertirse en un movimiento de masas. Pero también le dio un carácter netamente hindú, que lo alejó de otras comunidades que decía representar, no solamente los musulmanes, también los sijes, los intocables, etc. Esta impronta religiosa, por otra parte, bloqueó los intentos de reforma social, fácilmente calificables como ataques a la tradición cultural india. También abrió el camino al peculiar accionar de Gandhi, en el que los elementos políticos no eran fácilmente discernibles de los religiosos.

10. Gandhi.

Para la época en que Gandhi comenzó su accionar político en la India, que coincide con la Primera Guerra Mundial, el Congreso estaba atravesando una seria crisis de liderazgo. Gokhale había muerto, Tilak había sido neutralizado por la represión, y la principal figura del momento era Annie Besant, una teósofa inglesa que se radicó en la India y comenzó a militar en el Congreso. En ese contexto la figura de Gandhi pudo insertarse rápidamente en un rol de liderazgo.

La ideología gandhiana fue un claro sincretismo entre las ideas religiosas tradicionales de la India y el pensamiento de León Tolstoi. Gandhi entró en contacto con un grupo tolstoiano mientras estudiaba derecho en Londres. Básicamente, las ideas tolstoianas pueden definirse como un anarquismo cristiano, basado en varios preceptos: 1) La pobreza real: buscar no solamente una pobreza de espíritu o un espíritu de pobreza, sino la pobreza real y concreta. 2) No resistir el mal por la violencia: la no violencia absoluta, poner siempre la otra mejilla. 3) Valorización del trabajo manual y antimaquinismo: el trabajo del campesino y del artesano purifican y dignifican, el del obrero, así como la vida en las ciudades, es alienante y depravado. 4) El opresor también es una víctima: no se trata solamente de liberar al oprimido, sino también de lograr que el opresor se redima de su depravación y miseria moral. 5) Respeto a todos los seres vivos: expresado a través del vegetarianismo. (Tolstoi: 2004)

Tolstoi quería fundar una nueva religión, “la de Cristo, pero libre de dogmas y milagros”, centrada en el Sermón de la Montaña.

Acatando esta moral todos los problemas se resolverían por sí solos y no serían necesarios los estados, los ejércitos, los impuestos, las iglesias. Para el caso específico de la India, Tolstoi recomendaba formas de lucha no violenta, que aislaran al dominador inglés (Tolstoi: 2004). Gandhi hizo suyas estas ideas y las mantuvo hasta el fin de su vida, pero hay que tener en cuenta que entre Tolstoi y Gandhi media la diferencia entre el teórico, que puede permanecer puro, y el político práctico, que se adapta a la realidad y suele transigir ante ella.

Gandhi provenía de la casta de los *baniyas*, como vimos estrechamente ligada a la dominación británica. Se reconocía como *bania*, habituado a las transacciones. Su familia tenía experiencia política, habiendo ocupado el lugar de primeros ministros del pequeño principado de Porbandar durante varias generaciones. La otra gran vertiente ideológica de Gandhi provenía de su entorno familiar y de casta, donde estaban muy presentes los elementos de la tradición religiosa jainista.

El jainismo nunca tuvo un gran desarrollo en la India, estando casi exclusivamente reducido a la casta de los *baniyas*. Fue iniciado por Mahavira, en el siglo VI a.C. Al igual que Buda, su contemporáneo, Mahavira buscó la salida al eterno retorno expresado en el *samsara*, la eterna reencarnación. También igual que Buda, en determinado momento de su vida se convirtió en apóstol peregrino de una nueva religión basada en cinco normas fundamentales: 1) *ahimsa*: no violencia, es necesario que el alma no se contamine con la muerte de ningún ser. Los jainistas ortodoxos llevan una escobilla para apartar cualquier insecto que se encuentre en su camino; utilizan barbijo, a fin de evitar ingerir accidentalmente un insecto al respirar; y filtran el agua antes de beberla, también a fin de evitar ingerir algún

microorganismo. Por supuesto que son estrictamente vegetarianos, negándose en muchos casos a comer cualquier producto de origen animal, como la leche y los huevos. 2) *satya*: verdad, la mentira también es un elemento contaminante para el alma, por tanto es necesario atenerse a la verdad. 3) *brahmacarya*: generalmente se la traduce como continencia pero es algo más que eso, implica el autodomínio en todos los aspectos. 4) *aparigraha*: limitación de los deseos, sexuales y de toda índole. 5) *asterya*: no robar, la honestidad en las transacciones.

Estas ideas predicadas por Mahavira, con el tiempo, trascendieron a los jainistas propiamente dichos y, en buena medida, entraron a formar parte de la tradición hindú. Gandhi tomó los tres primeros elementos, resignificándolos en un sentido político. La popularidad religiosa de estos conceptos garantizaba su comprensión por parte de las más amplias masas hindúes.

El primer elemento, *ahimsa* o no-violencia, debía para Gandhi ser la característica indispensable de las luchas políticas. Pero cabe aclarar que no-violencia no implica la ausencia de violencia: de lo que se trata es que el adversario no debe ser lastimado ni ofendido en ninguna forma, pero el que inicia la acción no-violenta debe estar dispuesto a recibir sobre sí cualquier tipo de agresión. De hecho, durante las campañas dirigidas por Gandhi murieron muchos miles de personas como consecuencia de la represión. No hace mucho tiempo, en Argentina, un juez procesó a la cúpula de la hoy inexistente organización Montoneros, acusándola de enviar a la muerte a sus militantes durante la ofensiva llevada adelante en plena dictadura militar. El argumento del juez era que actuaban a sabiendas de que la derrota era segura, por tanto enviarlos desde el extranjero a combatir en la Argentina equivalía a asesinarlos. Desde ya que para

este juez los militantes de Montoneros eran algo así como autómatas movidos por resortes, que seguían ciegamente a sus líderes sin usar nunca su cabeza. Ahora bien, si este criterio falaz fuera válido Gandhi sería uno de los mayores criminales de la historia, ya que nunca contabilizó, antes de emprender sus campañas, cuántos iban a morir en ellas. Además, los militantes montoneros tenían armas con que defenderse, mientras los seguidores de Gandhi debían estar dispuestos a recibir sobre sí cualquier violencia, sin eludirla ni enfrentarla. Cabe aclarar que el sentido de la violencia que tenía Gandhi era el mismo que el de su casta: para los *banias* la única violencia es la violencia lisa y llana. Como vimos, en esta casta había usureros que vivían de la opresión económica a los campesinos más pobres. No en vano un antiguo proverbio campesino dice más o menos así: *el bania filtra el agua antes de beberla* (alusión a la costumbre jainista) *pero no teme beber la sangre* (Hardiman, 1996). Nunca Gandhi identificó como violentas a las prácticas del usurero que, respaldado por el estado colonial, podía dejar al campesino en condición de morir de hambre. Finalmente, cabe señalar que Gandhi a veces podía disimular el hecho de que sus seguidores recurrieran a la violencia, si la ocasión política así lo aconsejaba; mientras que otras veces suspendía una campaña al menor atisbo de violencia, también según la conveniencia política del momento.

El segundo elemento, *satya* o verdad, con Gandhi adquiere connotaciones casi divinas. Él denominó a sus campañas *satyagraha* y a los participantes en ellas *satyagrahis*. Supuestamente estas campañas estaban impulsadas por la verdad y la verdad era la que daba fortaleza a sus integrantes para llevarlos adelante contra viento y marea. En realidad, el objetivo último de una campaña *satyagraha* era el de convencer al adversario, no el de derrotarlo. En esto se seguía el principio tolstoiano de que el opresor es alguien equivocado y, en última instancia, también una víctima.

El último elemento, *brahmacarya* o castidad, está muy ligado a una tradición de ascetismo religioso que trasciende a la India propiamente dicha. Además de la continencia sexual, que Gandhi intentó mantener no muy exitosamente, el concepto hace referencia al autocontrol necesario al *satyagrahi* para avanzar y mantener su lucha. Según Gandhi, la lucha no-violenta debe ser llevada adelante por los fuertes, por los que pudiendo usar la violencia no lo hacen por propia voluntad. En palabras de Gandhi:

El brahmacarya consiste en abstenerse de la complacencia sexual, pero no criamos a nuestros hijos para que sean impotentes. Habrán respetado el brahmacarya únicamente si a pesar de poseer la más vigorosa virilidad pueden dominar el impulso físico. Del mismo modo, nuestros hijos deben ser físicamente robustos. Si no podemos renunciar totalmente al impulso hacia la violencia, podemos permitirles que incurran en violencia, que usen su fuerza para combatir, convirtiéndolos de ese modo en seres no violentos. (Erikson: 1973)

Esta forma de entender la cuestión deja un buen margen para la maniobra política. Así, durante la Primera Guerra Mundial, Gandhi actuó como reclutador para el ejército británico alegando, entre otras cosas, que así los indios podrían demostrarse a sí mismos que eran capaces de luchar.

Las formas de lucha desarrolladas por Gandhi fueron de tres tipos: 1) No colaboración: Consistente en negarse a participar en los órganos de gobierno del colonizador. En este caso, en la práctica, esto se manifestó alguna vez en la negativa a integrar los órganos consultivos abiertos por los británicos, también en el boicot a la

educación inglesa. 2) Desobediencia civil: Fueron las campañas de mayor resonancia, se trataba de desobedecer concientemente disposiciones gubernamentales consideradas injustas, la más conocida fue la “Marcha de la Sal” dirigida a transgredir el monopolio británico de ese elemento. Cabe aclarar que el adjetivo “civil” debe entenderse aquí no como lo opuesto a militar sino como sinónimo de civilizado, la desobediencia debía producirse en forma cortés y amable para no ofender a la autoridad (Sheppard, 1990). Los *satyagrahis* debían buscar deliberadamente ser detenidos y encarcelados, saturando las cárceles y no dando descanso a las fuerzas represivas. Estas campañas tuvieron una gran notoriedad, pero ninguna de ellas puede decirse que haya obtenido un éxito inmediato. Desde ya que hicieron famoso a Gandhi y lograron que una buena parte de la opinión pública inglesa simpatizara con lo que podía considerarse una oposición digna de Su Majestad Británica. 3) El ayuno: Gandhi llevó adelante varias campañas de ayuno muy notorias. Durante ellas no ingería ningún tipo de alimento. Podían ser de una duración predeterminada, como forma de protesta contra una disposición o situación política, o también hasta el logro de un objetivo determinado o “hasta la muerte”. Gandhi tuvo la cordura de no hacer ningún ayuno “hasta la muerte” a fin de que el gobierno británico revirtiera alguna decisión. Desde ya que si le hubiera hecho un ayuno a los gobiernos conservadores de Churchill, que lo consideraba “un fakir semidesnudo” con el que Su Majestad no debía dignarse a tratar, seguramente hubiera terminado muerto de inanición, como fue el caso más reciente de los 20 presos del IRA que hicieron una huelga de hambre contra el gobierno de Margaret Thatcher. En general, estos ayunos “hasta la muerte” de Gandhi iban dirigidos contra líderes o fracciones del movimiento nacionalista que escapaban a su control o pretendían llevar adelante políticas propias. Uno de los casos más destacados fue cuando el Dr. Ambedkar, líder de los intocables, consiguió un electorado separado para estos, como forma de evitar que los parias fueran manipulados por las castas más

elevadas. Gandhi y el Congreso no podían tolerar eso y el Mahatma inició un ayuno “hasta la muerte” a fin de que el Dr. Ambedkar renunciara al electorado separado. La rápida consecuencia fue que el dirigente de los intocables se convirtió en la persona más odiada de la India, responsable de los sufrimientos de Gandhi. Viendo las consecuencias que la situación podía tener si el Mahatma moría, el Dr. Ambedkar no tuvo más remedio que transigir.

A veces Gandhi podía maniobrar para levantar un ayuno “hasta la muerte” que no podía ganar. Algo así ocurrió en 1918 durante su primer ayuno político luego su regreso a la India. Gandhi se había instalado en Ahmedabad, donde existía una fuerte industria textil de propietarios banias que lo ayudaron económicamente para iniciar su accionar. Hete aquí que pronto Gandhi entró en contradicción con esos *banias*, quizá como forma de mostrar que estaba por sobre ellos y por sobre las castas. Los obreros de las fabricas textiles iniciaron una huelga por aumento de salarios y Gandhi apoyó ese movimiento iniciando un ayuno “hasta la muerte” (realizará otros 16 en el curso de su carrera política). Se comprometió a no levantar el ayuno hasta que los obreros alcanzaran el 35% de aumento que pedían. Pero la patronal era mucho más fuerte que los no muy organizados obreros y pudo imponer sus términos a medida que pasaba el tiempo. Finalmente, obreros y empresarios acordaron un aumento del 20%. Muy bien pero ¿qué hacemos con el Mahatma? La solución fue que los obreros retornarían al trabajo y el primer día recibirían un aumento del 35%, los días subsiguiente recibirían el 20%. Con este arreglo Gandhi podía levantar el ayuno ya que, por un día, los obreros iban a tener el aumento que él ponía como condición. Muchas veces Gandhi tuvo actitudes como ésta: atenerse a la letra de lo dicho traicionando totalmente su espíritu.

Gandhi utilizó las formas religiosas tradicionales de la India para revestir su mensaje político. Si bien desde niño había vestido a la occidental, adoptó la vestimenta del *sadhu* (monje mendicante) cuando llegó el momento de su accionar político. Su cuartel general político fue el *ashram*, nombre de la antigua comunidad religiosa dirigida por un maestro o *gurú*. El *ashram* de Gandhi era una comunidad de entre cien y doscientas personas, que hacían vida en común y actuaban políticamente. A medida que el prestigio del Mahatma aumentaba, los máximos referentes políticos, religiosos, gremiales de la India solían pasar algún tiempo en el *ashram* de Gandhi, o enviar a sus hijos a residir una temporada con el *gurú*. A través de ellos Gandhi podía influir sobre distintas asociaciones y grupos de interés, de manera que, sin tener un poder político formal ya que sólo fue electo presidente del Congreso durante un año, pudo tener el poder máximo sobre el movimiento nacional. El *ashram*, además, era una especie de casa de cristal: el accionar cotidiano del Mahatma, hasta en las cuestiones más íntimas, era algo público, una enseñanza moral permanente. El problema comenzó cuando, hacia el final de la vida de Gandhi, luego de su viudez, lo que empezó a verse a través de esas paredes dejó de ser ejemplar. Esta situación motivó que finalmente el *ashram* se disolviera y Gandhi se quedara con muy pocos seguidores incondicionales a su lado, por más grande que fuera su prestigio entre las masas del pueblo. Así, en los momentos cruciales de la Independencia y partición de la India, Gandhi no pudo accionar más que en forma indirecta.

En Gandhi vemos que los postulados de reforma social de Tolstoi se encuentran en gran medida morigerados. De hecho, llegó a plantear que “los ricos deben ser los albaceas de los pobres”, lo que no es más que un retorno a la “economía moral” de la que hablamos antes. Para Gandhi toda reforma social debía contar con el consentimiento unánime de los implicados. Por lo tanto, había que

convencer a los ricos para que actuaran como “albaceas”, redistribuyendo algo de su riqueza. El único heredero de alguna importancia que tuvo Gandhi, Vinoba Bahve activo hasta su muerte en 1982, intentó llevar adelante estas ideas. Vinoba recorría a pie las aldeas de la India e intentaba convencer a los terratenientes de que les convenía compartir su riqueza. A veces tenía algún éxito, y algún *zamindar* propietario de miles de hectáreas entregaba cuatro o cinco de ellas a los campesinos sin tierras. Eso para Vinoba Bahve era un triunfo, y si alguien le señalaba que a ese paso la reforma social iba a tardar mil años él contestaba con alguna frase hecha respecto al valor de la paciencia.

En realidad, Gandhi fue sostenido económicamente en sus actividades por algunos de los más grandes magnates de la India. Gente de su propia casta, como el gran empresario textil Birla. La Birla House de Dehli, construida a todo lujo por este gran empresario, muestra en sus muros pinturas que presentan distintas escenas de la vida ejemplar de Gandhi. No debe extrañarnos este homenaje si pensamos que una buena parte de la fortuna de Birla se debió a las campañas de Gandhi en pro de los textiles indios.

Con respecto al sistema de castas, Gandhi no lo cuestionaba a nivel religioso, aunque planteaba que no debía implicar discriminación alguna ni en lo económico ni en lo social. Tal postura es una contradicción evidente, y su único objetivo era el de mantener las cosas como estaban y lograr el apoyo de la casta brahmánica. Esto se hace evidente en el caso de la situación de los intocables. Gandhi los llamaba *harijans* (hijos de Dios) y predicaba en contra de su discriminación social y económica, pero no propugnaba ninguna medida concreta que sirviera para sacarlos del marasmo de pobreza en que se encontraban, ni para evitar que fueran manipulados

políticamente. Él mismo se consideraba su mejor representante y vocero de sus intereses y combatió duramente la obra del Dr. Ambedkar para organizar y concientizar a los intocables, ya que se desarrollaba fuera del marco del Congreso. Mientras Gandhi los denominaba “hijos de Dios” y les decía que debían seguir al Congreso, el Dr. Ambedkar hizo que se autodenominaran *dalits* (oprimidos) y se organizaran para su desarrollo social (Ambedkar, 2002).

11. La Liga Musulmana.

La fundación de una entidad política específicamente musulmana fue un epifenómeno de la agitación en torno a la partición de Bengala. La conformación de la Liga Musulmana, en Dhaka, el 30 de diciembre de 1906, tuvo por objetivo contrarrestar la acción del Congreso en contra de la partición. Sus primeros dirigentes, encabezados por el Aga Khan, fueron personalidades musulmanas notorias por su conservadurismo y fidelidad al raj británico. De allí que, en sus primeros años de vida, la Liga no desarrollara demasiada actividad política, más allá de emitir declaraciones de fidelidad al gobierno. Sin embargo, a los pocos años, la Liga se enriqueció con el aporte de una generación más joven de musulmanes de clase media y educación occidental. Estos no sólo dejaron de lado el programa de lealtad incondicional al gobierno británico, sino que se acercaron a los postulados del Congreso al reclamar el autogobierno.

En 1910 la Liga Musulmana adoptó un programa muy similar al del Congreso. En esto tuvo mucho que ver la presencia de la nueva generación, entre la que destacaba el abogado de Bombay Mohammed Alí Jinnah. Esta nueva dirigencia impulsó el acuerdo con el Congreso, que se expresó en el Pacto de Luknow, donde las dos organizaciones establecían la acción conjunta. Sobre la base de ese acuerdo, entre 1920 y 1922, la Liga Musulmana y el Congreso llevaron adelante los movimientos conocidos como “No-cooperación” y “Khilafat”. Este accionar conjunto perjudicó de hecho a la Liga porque, como grupo minoritario e inorgánico, no hizo más que seguir la iniciativa política del Congreso. Además, cuando Gandhi decidió dar por finalizados estos movimientos

muchos militantes de la Liga se sintieron traicionados. Por otra parte, el avance de los sectores aristocráticos y colaboracionistas quitó campo de acción a Jinnah y los suyos. De esa manera hizo crisis la última posibilidad de superar el “comunalismo” patrocinado por los británicos. Cuando, a partir de 1935, la Liga Musulmana resurgió, nuevamente bajo el liderazgo de Jinnah, ya no hubo un programa de acción conjunta sino todo lo contrario.

Como consecuencia del nuevo juego electoral abierto por el *India Act* de 1935, la Liga Musulmana fue reorganizada tanto a nivel nacional como provincial, tomando la forma de un partido político. En las elecciones de 1937 la Liga se convirtió en el segundo mayor grupo político de la India, luego del Congreso, a pesar de no haber obtenido la mayoría absoluta en ninguna provincia, ni siquiera en aquellas abrumadoramente musulmanas.

En 1940 la Liga Musulmana tuvo su primer gran congreso en la ciudad de Lahore. Allí debía discutirse la nueva situación política, ante el inicio de la Segunda Guerra Mundial y la decisión del gobierno británico de involucrar a la India en el conflicto, sin tener en cuenta la opinión india al respecto. En su discurso, Jinnah criticó duramente a los nacionalistas musulmanes que insistían en la alianza con el Congreso y expuso la necesidad de dividir India en dos entidades políticas sobre líneas confesionales. Finalmente, el congreso de la Liga Musulmana adoptó la siguiente resolución:

Aquellas áreas en donde los musulmanes están numéricamente en mayoría, como en las regiones Noroeste y Este de la India, serán agrupadas para constituir “estados independientes” en los que las unidades constituyentes serán autónomas y soberanas.

Esta resolución, conocida a partir de allí como “Resolución de Lahore”, oficializaba la idea desde mucho antes subyacente de constituir una nación musulmana separada en los territorios de la India británica. También, muy pronto, se la conoció como “Resolución de Pakistán”, utilizando un término diseñado por Rahmat Alí, un intelectual musulmán residente en Cambridge. Rahmat Alí forjó la palabra utilizando las iniciales de los territorios de mayoría musulmana, lo que dio lugar a un término cuyo significado es “país de los puros”. Al año siguiente, esta resolución se convirtió en elemento básico de la constitución de la Liga Musulmana, y así permaneció hasta la disolución de la misma, en 1947. De esa forma, Jinnah y los suyos quemaron las naves, dejando de lado cualquier posibilidad de acuerdo con el Congreso.

12. De la Primera Guerra Mundial al Movimiento de No-Cooperación.

Para cuando comenzó la Primera Guerra Mundial el movimiento nacionalista indio se encontraba en crisis: La represión de los más exaltados y la integración de los moderados en los consejos legislativos había permitido aplacar la agitación subsiguiente a la Partición de Bengala. En ese contexto aparece la figura de Gandhi, con el prestigio que le había acreditado su accionar en pro de los inmigrantes indios en Sudáfrica. Tanto Gandhi como los moderados del Congreso planteaban en ese momento la colaboración con el Imperio en dificultades. Gandhi mismo ofreció sus servicios como reclutador para el ejército británico, en una carta al secretario del Virrey:

Me gustaría hacer algo que Lord Chelmsford considerase auténtico esfuerzo de guerra. Creo que si se me concede el cargo de reclutador jefe haré llover hombres sobre ustedes. Discúlpeme la impertinencia. (Erikson, 1973).

La idea de Gandhi y de los moderados del Congreso era que, por el camino de la colaboración, podían llegar a obtenerse beneficios. Este razonamiento era lógico para quienes no buscaban otra cosa que mayor participación en el gobierno. Por otra parte, tanto el uno como los otros consideraban, hasta ese momento, que el gobierno británico había sido benéfico para la India, y podía seguir siéndolo. Lo que buscaban era solamente un trato igualitario. En ese sentido, Gandhi señalaba en una carta al Virrey:

Si pudiese conseguir que mis compatriotas volviesen sobre sus pasos, haría que anulasen todas las resoluciones del Congreso, y que no hablasen de “gobierno propio” o “responsable” mientras durase la guerra. Haría que India ofreciese todos sus hijos aptos como sacrificio al Imperio en su momento más difícil; y sé que por haberlo hecho India se convertiría en el socio más favorecido del Imperio y que las distinciones raciales se convertirían en cosa superada. (Erikson, 1973)

Por supuesto que el inmenso esfuerzo bélico de la India, y todos los recursos que puso a disposición del Imperio, no fue algo que posibilitara un cambio en la relación colonial, para no hablar de la superación de las distinciones raciales. Las vagas promesas hechas a los moderados del Congreso se tradujeron, al finalizar la guerra en dos disposiciones en consonancia con la política británica: La primera fue expresada en el *Montagu-Chelmsford Report*, de 1918. Este informe, que lleva el nombre del Secretario de Estado para la India y del Virrey, respectivamente, establecía un nuevo sistema político que fue sancionado legalmente al año siguiente. Concretamente, a nivel provincial, se establecía lo que se denominaba una “diarquía”, en la que las funciones de gobierno se dividían verticalmente en “reservadas” y “transferidas”. Los departamentos “reservados” quedaban bajo gobierno directo del Gobernador británico, en tanto que los “transferidos” eran administrados por el Gobernador con el consejo de Ministros que eran miembros de los Consejos Legislativos y debían responder ante ellos. Los sectores que se “transferían” eran aquellos sobre los cuales la indolencia de la administración británica había sido proverbial: salud, educación, agricultura, industria, gobierno local, y obras públicas (excepto irrigación). Controlar estos sectores sin contar con los recursos para hacerlos funcionar, que quedaban dentro de los sectores “reservados”, no era más que hacerse cargo de aquello de lo

que los británicos no querían responsabilizarse. De allí la desilusión de los moderados y el aumento de la agitación política en la posguerra.

El equilibrio fue roto por la famosa matanza de Amritsar. En esta ciudad sagrada de los sijs, en el Punjab, varios miles de personas se manifestaron pacíficamente, a pesar de la prohibición que al respecto había establecido el general Dyer, a cargo del orden público. Los mercenarios gurjas recibieron la orden de disparar a la “turba”. En el proceso posterior, del que Dyer por supuesto salió absuelto, se supo que los gurjas habían hecho un total de 1.600 disparos, provocando la muerte de 379 personas e hiriendo a 1.137, de manera que sólo un diez por ciento de los disparos no dieron en el blanco. Muchos más murieron aplastados en la huida, ya que el predio donde se realizaba la demostración estaba rodeado por murallas y tenía pocas y estrechas puertas. Esta matanza a sangre fría conmocionó a la India toda y dio inicio a una nueva ola de protestas.

Para controlar esta agitación, el gobierno sancionó la segunda de las disposiciones: la *Rowlatt Act*, de 1919, que establecía juicios sumarios y restricciones a las libertades individuales. Si bien estas disposiciones se fundamentaban en la lucha contra el terrorismo, era evidente que iban a servir para la represión a cualquier movimiento político contestatario. La respuesta a estas disposiciones y la expresión de la desilusión ante las reformas se expresó en dos movimientos que se entrelazan, en el último intento de superar el comunalismo: el Khilafat y la No-cooperación.

El Khilafat (Califato) fue un movimiento que se inició como reacción ante la derrota del Imperio Otomano en la Primera Guerra

Mundial y las duras condiciones impuestas por el tratado de Sevres. Ante todo, el objetivo del movimiento era la preservación del Califato en la persona del Sultán otomano Abdul Hamid, así como la integridad del Imperio. El movimiento era una consecuencia evidente de la prédica pan-islámica llevada adelante por algunos reformadores musulmanes, como Yamal Al Afgani, que veían a un Imperio Otomano modernizado como posible centro de un resurgimiento islámico. En realidad, desde su mismo inicio, el Khilafat estaba condenado a la derrota, pero esto difícilmente podía ser percibido por sus impulsores. El movimiento fue iniciado, en setiembre de 1919, por los hermanos Muhammad y Shawkat Alí, quienes emitieron un manifiesto y constituyeron un comité para llevar adelante la protesta. Dada la alianza existente desde 1916 (pacto de Luknow) entre la Liga Musulmana y el Congreso, el Kilafat obtuvo el apoyo de este último, y Gandhi se unió a la agitación participando en actos públicos junto a los hermanos Alí.

Paralelamente se desarrolla el Movimiento de No Cooperación, llevado adelante por el Congreso, bajo la dirección de Gandhi. El movimiento fue lanzado oficialmente el primero de agosto de 1920, luego de que expirara el plazo que Gandhi había dado al Virrey en una carta en la que, además, había afirmado el derecho reconocido:

“desde tiempo inmemorial al súbdito en el sentido de rehusar asistir al gobernante que gobierna erróneamente” (Erikson, 1973)

El programa del Movimiento, establecido claramente en la sesión anual de Calcuta del Congreso, establecía la renuncia a títulos y funciones en la administración pública y también en los cuerpos consultivos. También se debía retirar a los niños de las escuelas y

colleges de educación inglesa y establecer escuelas nacionales. Se boicotearían las cortes de justicia británicas y se establecerían cortes arbitrales nacionales. También se usaría únicamente ropa *swadeshi*. Todo esto debía hacerse observando estrictamente la no-violencia.

El Movimiento comenzó a tomar fuerza a partir de enero del año siguiente. Gandhi y los hermanos Alí iniciaron una gira por la nación toda, durante la cual se realizaron centenares de mitines. Nueve mil estudiantes dejaron ese mes sus escuelas y se unieron a más de 800 nuevas instituciones educativas “nacionales”. Pero quizá el aspecto más exitoso fue el boicot a la ropa extranjera. El valor de las importaciones de textiles extranjeros cayó a la mitad entre 1920 y 1922.

A pesar de su éxito el movimiento no obtuvo resultados, al menos no los que esperaban los moderados del Congreso encabezados por Gandhi. De hecho, este grupo comenzó a temer por la profundidad que estaba alcanzando la agitación. En muchos casos, como en las Provincias Unidas, el movimiento nacionalista se convirtió en una revuelta agraria de arrendatarios contra terratenientes; en Assam degeneró en una huelga de los trabajadores de las plantaciones de té. Por su parte, los hermanos Alí generaron la furia del gobierno al declarar que era “religiosamente impío” para los musulmanes continuar en el ejército británico.

La respuesta fue la represión brutal: para diciembre de 1921 habían sido arrestadas más de 30.000 personas por su participación en protestas. Toda la dirigencia del Khilafat y del Congreso, excepto Gandhi, estaba entre rejas, y el movimiento comenzó a decaer rápidamente. En esa circunstancia, se iniciaron negociaciones para un

acuerdo con el gobierno, pero las condiciones ofrecidas implicaban el sacrificio del movimiento Khilafat y de sus líderes, algo que Gandhi no podía aceptar abiertamente. En consecuencia, Gandhi dio un ultimátum al gobierno e inició un movimiento de desobediencia civil bastante limitado. Afortunadamente, al poco tiempo se produjo un incidente que proporcionó la excusa para dar por finalizada toda la agitación: en la aldea de Chauri Chaura, una masa de 3.000 personas, mayormente campesinos, asesinó a 22 policías y un inspector, en represalia por sus continuos abusos. Inmediatamente, Gandhi dio por finalizado tanto el Movimiento de No-Cooperación como el Khilafat, ya que no se habían respetado sus directivas de no-violencia absoluta.

Al inicio del Movimiento, Gandhi había prometido que en un año de lucha se obtendría el *Swaraj* o autogobierno. De hecho, lo que pretendían los líderes del Congreso era el estatuto de Dominion, o sea el autogobierno bajo la soberanía de Su Majestad Británica. El fracaso notorio en el logro de este objetivo desinfló momentáneamente las expectativas de muchos militantes del Congreso. Pero la consecuencia más perniciosa fue que el fin de este movimiento fue también el fracaso definitivo de la cooperación hindú-musulmana. Los musulmanes de la Liga y los antiguos militantes del Khilafat nunca perdonaron a Gandhi y al Congreso el haberse apropiado de su movimiento para, finalmente, rendirlo a los británicos. En adelante ya no hubo más acción conjunta: por más que el Congreso se proclamaba representante de todos los indios, hindúes, musulmanes, sijs, etc., era evidente su carácter comunal hindú.

13. Hacia la Desobediencia Civil.

Recién en 1930 se inició el siguiente movimiento popular motorizado por el Congreso, se trató del Movimiento de Desobediencia Civil, también bajo la dirección de Gandhi. Esta acción fue la respuesta a una nueva desilusión en la espera de concesiones por parte de Gran Bretaña. El Gobierno Británico había constituido la Comisión Simon, en 1927, para diseñar una nueva constitución para la India. Se trataba de una comisión constituida única y exclusivamente por miembros del Parlamento Británico, sin ninguna participación indígena. Esto motivó que la Comisión fuera repudiada por todo el movimiento nacionalista, en tanto “comisión sólo de blancos”. El repudio se manifestó en diversas formas: mítines públicos, *hartals* (cierres de los comercios), y un movimiento público en demanda de una reanudación del boicot a los bienes elaborados en Gran Bretaña.

La Comisión Simon no propuso reformas demasiado sustanciales, y sus conclusiones fueron rechazadas unánimemente por todas las corrientes del nacionalismo. En mayo de 1928 tuvo lugar en Bombay una conferencia interpartidaria para tratar el tema. Esta conferencia designó un comité para diseñar una propuesta alternativa de constitución, bajo la presidencia de Motilal Nehru. El informe del Comité Nehru fue aprobado por todos los grupos políticos, excepto por los musulmanes. El Congreso tomó este informe como propio y presionó al gobierno británico para que lo aceptara. Finalmente, en su sesión de diciembre de 1928, en Calcuta, el Congreso dio un virtual ultimátum al Gobierno: si no se concedía a la India el estatuto de *dominion* antes de diciembre de 1929, se iniciaría un Movimiento de Desobediencia Civil de alcance nacional.

La respuesta británica fue que el estatuto de *dominion* dentro del Imperio era el objetivo último de las reformas y que, por lo tanto, todos los indios debían apoyarlas. Los moderados del Congreso, con Gandhi a la cabeza, se entusiasmaron con esta declaración y urgieron al gobierno a acelerar los pasos, para así salir de la crisis.

Demandaron más liberalización, la libertad de todos los presos políticos, y la realización inmediata de la Mesa Redonda que habían propuesto los británicos para llegar a un acuerdo constitucional. Sin embargo, dentro del propio Congreso un grupo de líderes más jóvenes, encabezados por Jawaharlal Nehru y Subhas Chandra Bose, declararon que su objetivo no era el estatuto de *dominion* sino la independencia absoluta. En la histórica sesión llevada adelante en Lahore, en diciembre de 1929, el Congreso hizo suya esta determinación, eligiendo a Nehru como presidente y autorizando al Comité de Trabajo a iniciar un Movimiento de Desobediencia Civil.

Al frente del Movimiento fue puesto Gandhi, quién decidió que debía llevarse adelante dentro de una estricta no-violencia. También se decidió que el movimiento debía focalizarse en la violación a la muy impopular Ley de la Sal. La sal era un monopolio gubernamental desde el período mogol. Con los británicos el monopolio produjo el encarecimiento extremo del producto. Las cosas no habían cambiado demasiado desde que Marx describiera la cuestión:

Junto con la contribución territorial hay que tener en cuenta el impuesto a la sal. Es notorio que la Compañía tiene el monopolio de ese artículo, que vende al triple de su valor comercial, y ello en un país donde se la obtiene del mar, los lagos y las montañas, y de la tierra misma. El conde de Albemarle describe con las siguientes palabras el funcionamiento práctico de este monopolio:

“Los grandes comerciantes mayoristas compran a la compañía una gran cantidad de sal, para el consumo en el país, a menos de 4 rupias el maund [26,4 libras]; le mezclan una porción fija de arena, obtenida fundamentalmente a unos pocos kilómetros al suroeste de Dacca, y envían la mezcla a un segundo monopolista —o, si contamos al gobierno como el primero, a un tercero—, al precio de unas 5 o 6 rupias. Este comerciante le agrega más tierra o cenizas, y así, a medida que pasa por más manos, de los grandes pueblos a las aldeas, el precio sigue aumentando de 8 a 10 rupias, y la adulteración en una proporción del 25 al 40 por ciento. Se ve, entonces, que el pueblo paga por su sal de 21 a 27 libras, o dicho con otras palabras, de 30 a 36 veces más que los ricos de Gran Bretaña. (Marx: 1964)

Los años pasaron, la EIC desapareció y el monopolio sobre la sal continuó de la misma manera. Era algo que afectaba a todos los indios, por tanto, un importante objetivo para movilizar contra él a los descontentos. Entre marzo y abril de 1930 Gandhi llevó adelante su famosa marcha desde su *ashram* de Sabarnati hasta Dandi, en la costa del Océano Índico, con el objetivo de hacer que la violación a la Ley de la Sal se llevara adelante a lo largo y a lo ancho del país. El Gobierno optó por la represión, miles de manifestantes fueron reprimidos y debieron enfrentar las balas y los lathis (porras de bambú revestido de acero) de las fuerzas de represión. Hubo más de 90.000 encarcelados, entre ellos Nehru y el propio Gandhi. También fue prohibido el Comité de Trabajo del Congreso.

Mientras Gandhi estaba en prisión, en noviembre de 1930, tuvo lugar, en Londres, la Primera Conferencia de Mesa Redonda, para resolver la Constitución para la India. No tuvo participación alguna del Congreso y, por tanto terminó en la nada. Ante ello, el Gobierno

comprendió la necesidad de hacer algunos reajustes en su política, y decretó el fin de la prohibición del Comité de Trabajo y la libertad de sus integrantes presos. Este gesto fue suficiente para que los moderados del Congreso aceptaran abrir negociaciones. En marzo de 1931 se firmó el pacto Irwin-Gandhi, en el que se acordaba, por parte del Gobierno, liberar a todos los demás presos, y por parte del Congreso, interrumpir el Movimiento de Desobediencia Civil y participar en la Segunda Conferencia de Mesa Redonda, a celebrarse en noviembre en Londres, con Gandhi como único representante. La izquierda del Congreso, con Subhas Chandra Bose a la cabeza, criticó duramente los términos del pacto, y el derecho de Gandhi a ser el único representante del Congreso en esa negociación. Pero los moderados obtuvieron el apoyo de Nehru, el otro líder de la izquierda, y lograron la mayoría.

A pesar de las esperanzas puestas en ella esta Segunda Mesa Redonda terminó, en diciembre de 1931, en un rotundo fracaso. Gandhi se presentó allí como el representante de la India toda, no solamente del Congreso. Los musulmanes no podían aceptar esto, tampoco los intocables que, representados por el Dr. Ambedkar, consideraban que sus reivindicaciones no estaban correctamente expresadas por el Congreso. Ambedkar participó en la conferencia en representación de los intocables. Es que había sido uno de los fundadores de la *Bahishkrit Hitakarini Sabha* o Asociación para el Bienestar de las Clases Deprimidas, cuyo objetivo era promover la educación, la cultura y mejorar la situación económica de los intocables y las personas de las castas más bajas. Entre 1927 y 1932 esta asociación llevó adelante una serie de campañas no-violentas a fin de lograr para los intocables el ingreso a los lugares de culto hindúes y de que se les permitiera el uso de los pozos y fuentes de agua públicos. Si bien muchas de estas campañas lograron éxitos parciales, le ganaron a Ambedkar el odio de los hindúes de alta casta,

sobre todo porque en muchos casos las demostraciones culminaban con la quema de las “Leyes de Manú”, el antiguo libro hindú que establecía el sistema de castas. Pero fue su enfrentamiento con Gandhi el que convirtió a Ambedkar, según sus propias palabras, en el hombre más odiado de la India. Durante la Segunda Conferencia de Mesa Redonda en Londres, Ambedkar obtuvo de los ingleses que las castas más bajas tuvieran un electorado separado, a fin de que no fueran manipulados electoralmente sus integrantes por el clientelismo a las castas superiores. Gandhi y el Congreso se opusieron a esto, llegando a cuestionar la representatividad de Ambedkar. Finalmente, Gandhi comenzó una huelga de hambre “hasta la muerte” a fin de que los intocables renunciaran a los electorados separados. Ambedkar fue tratado como traidor y recibió múltiples amenazas contra su vida. Si bien esto no lo atemorizó, era muy difícil cargar con la responsabilidad de la posible muerte del Mahatma. Así, terminó cediendo a cambio de que las castas inferiores tuvieran un cierto número de escaños reservados. Esto se plasmó en un histórico acuerdo conocido como el Pacto de Poona, que también marcó la emergencia de Ambedkar como principal líder de los intocables. Pero también la cuestión tuvo su efecto en el pensamiento de Ambedkar: a partir de allí se volvió más y más escéptico sobre la idea de integrar a los intocables al hinduismo. En una polémica con Gandhi expresaba:

...lo que el Mahatma parece sugerirme es que la sociedad hindú puede tornarse tolerable, e incluso feliz, sin ningún cambio fundamental en su estructura, si la casta superior de los hindúes puede ser persuadida de seguir una moralidad elevada en su trato con la casta inferior. Me opongo totalmente a este tipo de ideología. Puedo respetar a los hindúes que tratan de practicar un ideal social elevado. Sin tales hombres la India sería un sitio más desagradable y menos feliz que en la actualidad. Sin embargo, cualquiera que

confíe en el intento de convertir a los miembros de la casta superior en mejores hombres mejorando sus características personales, a mi entender, está desperdiciando su energía y aferrándose a una ilusión. ¿Puede el carácter personal hacer que el fabricante de armamentos se convierta en un buen hombre, esto es, en un hombre que venda proyectiles que no estallen y gases que no envenenen? Si no es posible, ¿cómo se hace para convertir a un hombre imbuido de la conciencia de casta en un buena persona, en alguien que tratará al prójimo como a sus amigos e iguales? Para ser fiel a sí mismo debe tratar al prójimo como un superior o un inferior, de acuerdo al caso, de manera diferente que a sus pares de casta. Efectivamente, un hindú trata a todos los que no son de su casta como si fueran extranjeros, a quienes se puede discriminar impunemente y efectuar todo tipo de fraude o triquiñuela sin sentirse avergonzado. Esto implica que se puede ser un mejor o peor hindú. Pero no puede ser un buen hindú. Es así no porque haya algo malo en su carácter personal. Lo que está mal es la base entera, el fundamento, de sus relaciones con el prójimo. (Ambedkar. 2002)

Así, en los años finales de su vida, Ambedkar se acercó al budismo que, por definición, rechaza el sistema de castas, y promovió la conversión de sus compañeros de casta. Formalmente, Ambedkar se convirtió al budismo seis semanas antes de su muerte, en 1956, pero en ese breve lapso impulsó la conversión masiva de sus seguidores. En poco tiempo más de un millón de intocables siguieron el camino espiritual de su amado líder, dando lugar a un retorno del budismo a la India. Hay quienes comparan por esto al Dr. Ambedkar con el legendario emperador Asoka, gran difusor del budismo.

Gandhi retornó de Londres a la India sin lograr sus objetivos y decidió reanudar el Movimiento de Desobediencia Civil en enero de 1932. El Gobierno no perdió tiempo en tomar medidas represivas: arresto masivo de dirigentes del Congreso e ilegalidad del Congreso mismo. En un corto lapso fueron encarceladas 120.000 personas. Esta dura represión tuvo su efecto, el Movimiento se fue ralentizando, Gandhi decidió, en mayo de 1933, suspenderlo por tres meses, finalmente, en abril de 1934 lo dio por finalizado, sin haber obtenido ningún resultado concreto. No se obtuvo ni el estatuto de *dominion*, ni el *swaraj*, la independencia completa. Tampoco tuvo influencia en el proceso constitucional que culminó con el *Government of India Act* de 1935. Sin embargo, es indudable que se trató de un paso importante en el desarrollo de la conciencia política de muchos, ya que implicó una amplísima movilización popular. Desde ya que tampoco contribuyó a reestablecer la armonía entre las distintas comunidades de la India. Además del conflicto con los intocables, del que ya hablamos, es significativo que los musulmanes, como comunidad, se mantuvieron al margen del Movimiento. Gandhi ya no recobraría la posición que tuvo entre los musulmanes en los días del Khilafat.

14. ¡Dejen India!

Hasta el movimiento *Quit India* (Dejen India), de 1942, no volvieron a repetirse movimientos de masas de gran magnitud. El *India Act* de 1935 concedía una porción de poder suficiente como para conformar a los moderados. El Congreso pudo acceder al gobierno en la mayoría de las provincias, excepto en Bengala y en el Punjab, donde el triunfo fue para la Liga Musulmana. Sin embargo, en el seno del Congreso comenzó a aumentar el poder de la facción de izquierda, liderada por Subhas Chandra Bose. Contra los deseos de Gandhi, Bose fue electo Presidente del Congreso dos años consecutivos (1938 y 1939). Si bien en el segundo año los moderados lograron su renuncia, bloqueando todas sus iniciativas, la situación internacional iba a favor de quienes propugnaban la independencia inmediata y absoluta. Finalmente, el estallido de la Guerra y la decisión de los británicos de implicar a la India en el esfuerzo bélico hizo inevitable el enfrentamiento.

Si bien Gandhi y la guardia vieja moderada eran nuevamente partidarios de la colaboración con el Imperio en dificultades, la opinión no era lo suficientemente mayoritaria como para imponerse. Para evitar el enfrentamiento era necesario lograr que los británicos hicieran nuevas concesiones. La negativa británica a ir más lejos del *India Act* de 1935 condujo a la dirigencia del Congreso a posturas más duras. En principio, nuevamente a la no-colaboración, expresada en la renuncia de los gobiernos provinciales controlados por el Congreso. Esta renuncia no afectó demasiado a los intereses británicos y fue celebrada por la Liga Musulmana como una liberación de la tiranía hindú. La campaña *satyagraha* que le siguió

fue más que nada simbólica y declamatoria, sin hacer peligrar el esfuerzo de guerra.

Pero, a medida que la situación bélica empeoraba para Gran Bretaña muchos comenzaron a considerar la necesidad de llegar a un acuerdo con el nacionalismo indio. En 1941, la beligerancia japonesa y la subsiguiente caída de Singapur y Birmania llevaron el frente de combate a la India misma. El Ejército Nacional Indio, formado por Subhas Chandra Bose bajo patrocinio japonés, se encontraba a la vanguardia del combate y era un ejemplo peligroso.

En 1938 Bose había sido electo presidente del Congreso, en contra de los deseos de Gandhi. Al año siguiente fue reelecto, derrotando al candidato de Gandhi. A pesar de su triunfo, la oposición de Gandhi le bloqueó toda posibilidad de acción, conduciéndolo a la renuncia. Ese mismo año fundó el Forward Bloc, dentro del Congreso, para tratar de unir a las fuerzas revolucionarias de la India en general y de Bengala en particular. Durante su estadía en Europa, entre 1933 y 1936, Bose se entrevistó con varios líderes y pensadores muy importantes, como Benito Mussolini, Eduard Benes, Karl Seitz, Eamon De Valera, Romain Rolland, y Alfred Rosenberg, llegando a la conclusión de que la libertad política de la India sólo se lograría mediante apoyo político, diplomático y militar del exterior y que, además, una nación independiente necesitaba un ejército independiente. Así, al estallar la Segunda Guerra Mundial la postura de Bose era la de aprovechar la coyuntura de inestabilidad política y militar británica, en tanto Gandhi, Nehru y los moderados del Congreso preferían una oposición tibia, esperando que los británicos concedieran el Home Rule al finalizar la guerra.

Cuando estalló la guerra, Bose escapó a su seguro encarcelamiento disfrazado de agente de seguros. Se trasladó a Afganistán y de allí a Moscú, con un pasaporte italiano falsificado. De Moscú viajó a Roma y de allí a Alemania. En Berlín Bose comenzó a colaborar con el gobierno nazi: inició emisiones de radio hacia la India, alentando la lucha contra los británicos; y formó una Legión India de 4.500 soldados, ex combatientes indios del ejército británico que se habían rendido a Rommel en el norte de África. Sin embargo, cuando Alemania invadió la URSS Bose decidió abandonar a los nazis ya que, además, Hitler no había mostrado demasiado interés por la independencia de la India. En Alemania había entablado buenas relaciones con los japoneses, de manera que decidió abrir un nuevo frente de lucha en oriente. Se trasladó en submarino desde Alemania hasta Singapur por la ruta del Cabo de Buena Esperanza, haciendo en el trayecto el trasbordo de un submarino Alemán a otro Japonés.

A su llegada a Singapur, Bose organizó un Gobierno Provisional de la India Libre (Arzi Hukumate Azad Hind), con el apoyo de la diáspora india en el Sudeste Asiático. Este gobierno fue reconocido por las potencias del Eje y participó en lo que los japoneses llamaban Esfera de Coprosperidad. Pero lo más importante fue la conformación del Ejército Nacional Indio (INA), también a partir de un núcleo de prisioneros de guerra hechos por los japoneses al ejército británico, que llegó a sumar 85.000 soldados, incluyendo un destacamento femenino (el primero de este tipo en Asia).

El INA participó en la ofensiva japonesa contra la India, izando por primera vez la bandera de la India Libre en el extremo noreste del territorio patrio. El grueso del INA se estacionó en Rangún, donde contaba con el apoyo de los numerosos comerciantes indios allí

emigrados. Desde allí Bose condujo numerosas operaciones contra el ejército británico en la frontera birmana. En uno de sus discursos, Bose señalaba:

Desafortunadamente, siempre desde la gran lucha de 1857, nuestros compatriotas estuvieron desarmados, mientras el enemigo está armado hasta los dientes. Sin armas y sin un ejército moderno, es imposible para un pueblo ganar la libertad en esta época moderna. Mediante la gracia de la Providencia y mediante la ayuda del generoso Japón, se ha vuelto posible para los indios de Asia Oriental conseguir armas para construir un ejército moderno. Además, los indios del Asia Oriental están unidos como un solo hombre en el esfuerzo por ganar la libertad y todas las diferencias religiosas y de otro tipo que los británicos tratan de profundizar dentro de la India, simplemente no existen en Asia Oriental. En consecuencia, tenemos ahora una combinación ideal de circunstancias favoreciendo el éxito de nuestra lucha y todo lo que se requiere es que los indios vayan adelante por sí mismos a pagar el precio de la libertad. (Bose, 2000)

Con la derrota y rendición de los japoneses, el INA también debió entregar sus armas. Se dice que Bose murió al derribarse sobre la isla de Formosa el avión en que viajaba hacia Japón. Pero hay muchas otras versiones sobre su desaparición. También hubo quienes no creyeron en su muerte y anunciaron repetidamente su regreso, mesianismo alimentado con supuestos mensajes enviados periódicamente por el líder.

Es notorio que Bose nunca compartió las doctrinas nazis de superioridad racial ni de anulación de las instituciones democráticas,

esto se refleja en su correspondencia anterior a 1939. En el contexto de la Segunda Guerra Mundial resultaba hipócrita que los británicos acusaran a Bose de alianza con fuerzas antidemocráticas, cuando ellos mismos daban muy poco lugar para la democracia en la India. Cuando recibió ataques de esta índole Bose respondió diciendo que en tanto Gran Bretaña combatía por la libertad de las naciones europeas bajo dominio nazi, no garantizaba esa misma libertad a sus colonias como la India. Cabe señalar que en su momento (1931) Bose y Nehru organizaron demostraciones contra la ocupación de Manchuria por parte de Japón. También, en 1939, como presidente del Congreso, Bose brindó su apoyo a China contra la invasión japonesa y organizó el envío de abastecimientos al gobierno nacionalista de Chiang kaishek. El que abandonara esta política tuvo que ver con su profundo descontento con el dominio británico y con la política del gobierno (entonces dominado por los conservadores) en el sentido de involucrar a la India en la guerra sin consultar a los indios. Según Bose, las opiniones y aspiraciones de un pueblo no-blanco, de las razas sometidas, no contaban para los británicos.

Ante todo esto, el Gobierno de Su Majestad inició un acercamiento enviando a Sir Stafford Cripps como comisionado. Cripps era miembro del Gabinete e integraba el Partido Laborista, se había destacado por sus simpatías hacia el movimiento nacional indio. La “Misión Cripps” culminó con la oferta del tan ansiado estatuto de *dominion* dentro de la *Commonwealth* británica. Esto llegaría al finalizar la guerra, junto con el derecho a apartarse de la comunidad británica. Sin embargo, la propuesta no ofrecía nada para el presente y tenía aspectos poco claros y ambiguos. Por ejemplo, el cuerpo que elaboraría la futura Constitución sería electo en forma indirecta por las legislaturas provinciales y los príncipes, en pie de igualdad, lo cual podía terminar, a juicio de muchos, en una balcanización del subcontinente. Además, los líderes políticos indios

debían participar de lleno e inmediatamente en el esfuerzo de guerra, mientras el control de la defensa de la India seguía en manos británicas.

Con la retirada de los británicos de Malasia, Birmania y Singapur, se produjeron una serie de hechos que contribuyeron a tensar la situación. Entre ellos hay que señalar el que los británicos abandonaran a su suerte a sus subordinados indios en esos sitios, quienes debieron padecer indescriptibles sufrimientos para poder retornar. También los gestos de manifiesto racismo por parte de los soldados blancos estacionados en India, y la política de “tierra arrasada” seguida por los británicos en Bengala, como estrategia para resistir una probable invasión japonesa. Esto último tuvo como consecuencia un aumento de los precios de los alimentos, y también la especulación y el surgimiento de un mercado negro. Este mal manejo económico culminó con la gran hambruna de 1943 en Bengala, que solamente en Calcuta provocó al menos 100.000 víctimas.

Pero también la política represiva de la burocracia estatal contribuyó a desatar la furia. En la mañana del 9 de agosto de 1942 se llevó adelante una redada de los principales líderes del Congreso. Si bien fueron tratados con la debida consideración (Gandhi fue alojado en el palacio del Aga Khan), esto no evitó que surgiera una oleada de furia popular sin precedentes y que abarcó a toda la nación. El movimiento tuvo tres fases bien diferenciadas: La primera fue predominantemente urbana e incluyó *hartals* (cierres de los comercios), demostraciones y choques con la policía y el ejército en casi todas las ciudades importantes. Fue masivo y violento, pero rápidamente se lo suprimió mediante una también violenta represión. La segunda fase comenzó a mediados de agosto y fue encabezada por

militantes estudiantiles que sabotearon las comunicaciones y lideraron rebeliones campesinas bastante amplias, sobre todo en Bihar, las Provincias Unidas y Bengala. También instalaron gobiernos “nacionales” (de corta vida) en esos sitios. La tercera fase de movimientos comenzó a fines de septiembre y estuvo caracterizada por actividades terroristas, sabotajes y guerrillas emprendidas por jóvenes estudiantes y grupos campesinos. Fueron puestos en funciones gobiernos nacionales paralelos en Tamluk (Mindapore), Satara (Maharashtra), y Talcher (Orissa). Las tres fases fueron aplastadas mediante atrocidades brutales, incluyendo el uso de fuerza aérea de combate.

Sigue existiendo controversia acerca de si el movimiento *Quit India* fue una “rebelión organizada” o una conmoción espontánea. En realidad, la famosa resolución *Quit India* del Congreso, emitida el 8 de agosto de 1942, convocaba a “una lucha de masas sobre principios de no-violencia en la escala más amplia posible”. Pero, a esto se agregaba el significativo añadido de que, si la dirigencia del Congreso era arrestada y encarcelada, todo indio que deseara la libertad se convertiría en su propio guía. Esta línea fue promovida por Gandhi y respaldada por antiguos moderados como Patel y socialistas como Nehru, si bien éste último lo hizo tras largas vacilaciones. Solamente los comunistas se opusieron a la resolución, sobre la base de no obstruir el esfuerzo de guerra antifascista.

Durante y luego del *Quit India*, los británicos hablaron del movimiento como “una conspiración quintacolumnista”, tendiente a favorecer a las potencias del Eje. Esta caracterización no tenía en cuenta la postura antifascista que sostuvo el congreso durante los años 30’. Además los líderes del Congreso fueron arrestados en la mañana del 9 de agosto, o sea al día siguiente de emitir la resolución,

y, por lo tanto mal podían dirigir el movimiento. La propia resolución era notoriamente vaga respecto a los detalles del movimiento. En realidad, la dureza de la resolución tenía como objetivo el servir de base a futuras negociaciones, y si fue seguida por una explosión incontrolada esto se debió a la política británica de represión total. A pesar de grandes esfuerzos en ese sentido, los británicos fracasaron a la hora de probar que el Congreso había realmente planificado una rebelión violenta.

El movimiento fue mayormente espontáneo, y se inició por varios factores, entre los cuales no era el menor la esperanza de un fin próximo al dominio británico. Los malos manejos de la administración de guerra y las provocaciones racistas de algunos soldados también tuvieron su parte. Además, las pérdidas financieras sufridas en Birmania y Malasia, donde la burguesía india tenía importantes intereses, hicieron que ésta diera su apoyo al inicio del movimiento. Al ser llevados a prisión los dirigentes más antiguos del Congreso, el camino quedó expedito a otros más jóvenes, más militantes y más radicalizados. La presión desde abajo ya no encontró contención alguna.

Así, el movimiento *Quit India* fue muy distinto a sus antecesores de 1920-22 y 1930-34. A diferencia de estos no se trató de un *satyagraha* bajo control de una dirección única. Fue una rebelión abierta que buscaba terminar el dominio extranjero a toda costa. El propio virrey, Lord Linlithgow, lo comparó con el Motín de los Cipayos, de 1857. Los británicos pudieron imponerse mediante una represión generalizada y brutal, que provocó miles de muertos. Mas de 60.000 nacionalistas fueron encarcelados, algunos hasta el final de la guerra. Gandhi y el virrey se culparon mutuamente por el derramamiento de sangre. Pero hay quienes interpretan que, en

realidad, la dirigencia del Congreso buscó deliberadamente ser puesta en prisión, para así eludir toda responsabilidad y dejar las manos libres a los británicos.

15. Hacia la traumática independencia.

No todos querían la independencia se unieron al movimiento *Quit India*. Los intocables, liderados por el Dr. Ambedkar, no participaron en un movimiento que consideraban patrocinado por las castas superiores y llevado adelante en beneficio de éstas. Si ese movimiento triunfaba, si se accedía a la independencia sin lograr antes un compromiso que permitiera a los parias liberarse de su opresión, ésta no haría más que agravarse y reforzarse. Tampoco, como ya señalamos, participaron los comunistas. Pero la abstención más importante fue la de la Liga Musulmana. De hecho, Jinnah consideraba al *Quit India* como un golpe de mano del Congreso para hacerse con el poder. Con el Congreso políticamente incapacitado por la cárcel de sus dirigentes, estos grupos ganaron espacio y credibilidad. Al finalizar la guerra, la relación de fuerzas era otra, Jinnah se había convertido en el líder indiscutido de la Liga y ésta en el partido de casi todos los musulmanes de la India.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el Imperio Británico comenzó a resquebrajarse. La situación económica en la propia Gran Bretaña era calamitosa, a punto tal que algunos insumos básicos como la leche y el carbón estuvieron racionados hasta bien entrada la década del 50'. Sin la ayuda estadounidense la metrópoli no hubiera podido sostener el Imperio mucho tiempo. Eran necesarios cambios que permitieran salvar los restos del naufragio. En ese contexto, se produjo el triunfo electoral laborista que puso fin a la hegemonía conservadora. El laborismo británico siempre había mantenido excelentes relaciones con el Congreso, y había apoyado en el Parlamento algunas de sus iniciativas. Pero, más allá de estas simpatías estaba el hecho cierto de que la India había pasado a ser

una carga insostenible. A nivel financiero, India era acreedora de Gran Bretaña por un monto que rondaba los dos mil millones de libras. Esa deuda se había generado por la provisión de insumos y abastecimientos en el transcurso de la contienda. Para comprender la magnitud de la cifra basta compararla con la del otro gran acreedor de ese entonces, la Argentina. Con los doscientos millones de libras bloqueadas en Londres, que era el saldo acreedor argentino producto de la guerra, el gobierno de Perón pudo nacionalizar la totalidad de los ferrocarriles (la línea más extensa de América Latina) y la mayor parte de los servicios públicos restantes. A la India se le debía diez veces más, monto suficiente como para comprar la independencia. La alternativa hubiera sido mantener el dominio colonial el tiempo suficiente como para que esta deuda se licuara, pero para eso eran necesarias condiciones políticas que estaban lejos del alcance de los británicos.

El movimiento *Quit India* había mostrado que el sostenimiento del dominio colonial en la posguerra iba a ser muy costoso, e implicar una represión continua. Además, al finalizar la Guerra, se produjo un incidente que contribuyó a minar la confianza británica: El gobierno colonial pretendió juzgar, como criminales de guerra, a los integrantes del Ejército Nacional Indio, formado por Subhas Chandra Bose, que combatió en el frente de Birmania en alianza y con el patrocinio de Japón. Esta pretensión originó motines e insubordinaciones en las tropas del ejército británico de la India. Era evidente que este ejército no iba a poder ser utilizado en la represión a un movimiento nacionalista generalizado, y el fantasma del Motín del los Cipayos volvía a aparecer en las mentes de los gobernantes.

Lo que restaba era lograr una retirada ordenada y mantener a la India como aliada en el marco de la Commonwealth. Pero esto no

era algo fácil de realizar, porque implicaba deshacer buena parte de la obra de dominación trabajosamente urdida a lo largo de siglos. Recordemos que, además de la cuestión comunal, en la India existían aproximadamente 600 principados que, teóricamente, eran estados soberanos. Una India balcanizada no convenía porque, en el contexto previsible entonces de la Guerra Fría, era necesario garantizar un estado poscolonial aliado a Occidente, o al menos neutral. La solución posible era mantener un gobierno central que heredara el poder hegemónico del gobierno colonial, y que fuera ejercido por un poder político indiscutido. Pero, al mismo tiempo, había que convertir a la India en una federación en la cual las distintas comunidades religiosas tuvieran su espacio. Para lograr un acuerdo con las distintas fuerzas políticas, el gobierno británico envió a tres experimentados miembros del gabinete, lo que se conoció como la *Cabinet Mission*.

El plan propuesto por la *Cabinet Mission* fue el siguiente: La India sería una federación de las provincias y los principados, con un gobierno federal que controlara solamente la defensa, las relaciones exteriores y las comunicaciones. Al mismo tiempo, las provincias podrían formar uniones regionales a las cuales delegar, por mutuo consentimiento, algunas de sus atribuciones. Las asambleas provinciales existentes se agruparían en tres secciones hasta tanto se eligiera la Asamblea Constituyente: la sección A, las provincias de mayoría hindú; las secciones B y C, para las provincias de mayoría musulmana del noroeste y del noreste. Estas secciones tendrían el poder de instalar legislaturas y ejecutivos de nivel intermedio.

El comienzo de las negociaciones parecía promisorio: tanto la Liga como el Congreso aceptaron este plan. El problema comenzó cuando se planteó la cuestión de cómo debía estar conformado el

gobierno federal interino, que convocara a una asamblea constituyente para elaborar la constitución de la India independiente. Jinnah quería que este gobierno interino estuviera integrado por una proporción de cinco representantes del Congreso, cinco de la Liga Musulmana, un sij y un representante de los intocables. El Congreso rechazó la propuesta.

Además, la Liga y el Congreso tenían diferentes interpretaciones del plan de la *Cabinet Mission* con el que habían, en principio, acordado. La Liga consideraba que el agrupamiento en secciones debía ser compulsorio, de manera que las secciones B y C se desarrollaran como entidades sólidas con vistas a una futura secesión. El Congreso argumentaba que el agrupamiento compulsorio contradecía la autonomía provincial, y no aceptaba la propuesta de la *Cabinet Mission* en el sentido de que el agrupamiento fuera compulsorio al principio, pero que las provincias pudieran optar luego de que fuera elaborada la nueva constitución y se hubieran llevado adelante elecciones bajo esta nueva norma.

La tensión entre la Liga y el Congreso fue *in crescendo*. En 1945, ante la posibilidad de un acuerdo con la Liga, el Congreso había elegido como presidente a un musulmán, Maulana Abul Kalam Azad, al año siguiente asume la presidencia el Pandit Jawarharlal Nehru. El tratarse de un pandit y el pertenecer a la casta brahmánica implicaba por sí una definición, por más que su declamado socialismo pretendiera ubicar a Nehru por encima de las ideologías religiosas. El 10 de julio Nehru rompió la última posibilidad de compromiso, al declarar en una conferencia de prensa que el único compromiso que había asumido el Congreso era el de participar en las elecciones para la asamblea constituyente. En la misma conferencia afirmó que “no habría agrupamientos”, borrando así los

acuerdos previos. La respuesta de la Liga Musulmana fue la de retractarse de su anterior aceptación del plan y convocar a un “Día de Acción Directa”, el 16 de agosto, en lucha por Pakistán.

Ese “Día de Acción Directa” supuestamente debía tener la forma de un *hartal*, convocado por la Liga contra lo que denominaba la “esclavitud británica” y el “futuro dominio hindú”. En realidad, el movimiento se dirigía contra el rechazo, por parte del Congreso, de las propuestas de la *Cabinet Mission*, y también contra las sucesivas, y fracasadas propuestas británicas tendientes a lograr un compromiso con el Congreso. La Liga, reunida en Bombay el 29 de julio, emitió una resolución en la cual convocaba a la “acción directa para el logro de Pakistán”. Sobre la base de esta resolución se convocó a los musulmanes a suspender todas sus actividades el 16 de agosto, observando un total *hartal*.

Los problemas comenzaron en Bengala, donde la Liga era gobierno. Allí el *hartal* devino una lucha entre las comunidades hindú y musulmana, para terminar en una carnicería. Los enfrentamientos comenzaron en Calcuta y rápidamente escaparon el control tanto de los líderes políticos como de las fuerzas de seguridad. Calcuta estuvo en llamas durante dos días, y el conflicto se extendió rápidamente por toda Bengala. En Calcuta hindúes y musulmanes se combatieron mutuamente, pero en el interior fue en general un lado el que masacró al otro. Así, en Bihar fueron asesinados mayormente musulmanes, y en Noajali hindúes. En todos los casos las víctimas se contaron por miles, pero lo peor fueron las consecuencias políticas de este “Día de Acción Directa”. A partir allí la unidad de Bengala y de la India toda no podía ser viable.

Los hechos se precipitaron: el virrey, Lord Wavell, había tenido que conformar un gobierno interino compuesto por burócratas de la administración colonial, ante la negativa a participar del Congreso y la Liga. Pero, al poco tiempo, logró que el Congreso se integrara al mismo. Así, el 2 de septiembre de 1946, entró en funciones un gobierno dominado por el Congreso y encabezado por Nehru. Algún tiempo después también la Liga Musulmana decidió integrar este gobierno interino, pero sólo con el propósito de boicotearlo, y declarando públicamente que no iba a participar en la Asamblea Constituyente. Esto significaba el fracaso definitivo de la *Cabinet Mission*, de forma tal que el 20 de febrero de 1947, el Primer Ministro británico, Clement Attlee, declaró la intención británica de abandonar la India más o menos en junio de 1948, declaración que resultó en la partición de la India en agosto de 1947.

Sin duda, 1947 fue el año más sangriento de la historia de la India. La escalada de violencia intercomunal azotó a toda India, pero no se manifestó demasiado en Bengala. La región noroeste, y particularmente el Punjab, fue la más afectada. El gobierno británico decidió apresurar las cosas, ante el temor de que la situación escapara a todo tipo de control. La retirada fue adelantada un año y Lord Wavell reemplazado por Louis Mountbatten, antiguo supremo comandante de las fuerzas aliadas en el sudeste de Asia. Mountbatten gobernó como virrey entre marzo y mediados de agosto de 1947, en ese corto tiempo fueron decididas cuestiones cruciales, la principal de ellas la división definitiva de la India en dos estados.

A esta altura de los acontecimientos todos demandaban la partición, no solo los musulmanes sino también los sijs del Punjab y el propio Congreso. La cuestión se decidió a las apuradas, con demarcaciones fronterizas que no conformaron a nadie. Lejos de

solucionarse el problema comunal terminó cronificándose como consecuencia de lo que se convirtió en la mayor limpieza étnica de la historia. Aproximadamente 15 millones de personas se vieron expulsadas de sus lugares de origen y debieron trasladarse a un lado u otro de la nueva frontera. Esto se realizó en medio de una apoteosis de violencia que provocó al menos de dos millones de muertos y la violación registrada de 75.000 mujeres. Trenes cargados de muertos cruzaban la frontera, con la leyenda “Regalo de Pakistán” o “Un presente de la India”. Nadie hizo demasiado por detener la violencia, ni siquiera el propio Gandhi, que prefirió pasar el momento crucial en la ahora pacífica Bengala.

Ese fue el fin, poco glorioso por cierto, del *British Raj*. No está de más recordar las palabras que escribiera Lord Cromer cuarenta años antes:

La principal justificación del imperialismo debe encontrarse en el uso que se hace del poder imperial. Si hacemos un buen uso de nuestro poder, podremos enfrentar el futuro sin miedo a que seamos sorprendidos por el Némesis que estuvo presente en el desgobierno romano. Si se da el caso inverso, el Imperio Británico merecerá caer, y seguramente finalmente caerá. (Cromer, 2005)

16. Epílogo: Los problemas de la India independiente.

La India actual afronta graves problemas que, en muchos casos, remiten a la época colonial. De hecho, la persistencia de una concepción brahmánica del sistema de castas impuesta por los británicos durante el período colonial, es un factor clave en la realidad social aún hoy vigente. Lo mismo puede decirse del uso de la lengua inglesa, hasta hoy única lengua vehicular que puede utilizarse en toda la India. Este elemento, para algunos autores inofensivo en la época poscolonial (Bianco 1972), en realidad sirve, hoy como ayer, para la transmisión de conceptos y categorías occidentales que alejan intelectualmente a quienes lo utilizan del resto de sus compatriotas. Pero a estos males crónicos hay que agregar otros que, periódicamente, producen crisis agudas.

Tal es el caso de la propia partición previa a la independencia, y el subsiguiente conflicto en torno a Cachemira, que ya ha provocado cuatro guerras abiertas entre India y Pakistán y desatado una carrera armamentista de incierto futuro. Cachemira era un principado, patria de Nehru, con una población predominantemente musulmana y una dinastía gobernante hindú. Los principados se unieron a la India sobre la base del mantenimiento de los privilegios de sus gobernantes. En algunos casos esto fue mediatizado por plebiscitos, en los que la población podía optar por unirse a la India o a Pakistán. Fue el caso de Haidderabad, con una población mayoritariamente hindú y una dinastía reinante musulmana. Pero en Cachemira el resultado de un plebiscito hubiera sido inaceptable para el nuevo gobierno de la India, sobre todo luego de las matanzas y violencias de todo tipo paralelas a la partición. Así se generó un conflicto insoluble que envenenó y envenena las relaciones entre los dos

países, en una época en que las heridas podrían, de otra forma, haber comenzado a cicatrizar. También cambió el curso de las cosas en el sentido de abortar muchas buenas intenciones. El conflicto terminó insertándose en la Guerra Fría, con Pakistán como aliado de EEUU y la India de la URSS. Esto quitó credibilidad al mentado “neutralismo positivo” y tercerismo del primer ministro Nehru, quitando margen de maniobra a una corriente de pensamiento en la que la India aparecía como principal abanderada. Además, dio lugar a una carrera armamentista que terminó convirtiendo tanto a la India como a Pakistán en potencias atómicas. Esto muy a pesar de las declaraciones de sus líderes que, como Indira Gandhi, pretendían presentarse como portaestandartes del pacifismo. En definitiva, el conflicto sigue irresuelto, y es indudable que en ningún lugar del mundo una guerra abierta podría tener consecuencias más catastróficas.

Este conflicto entre India y Pakistán también ha redundado en la perpetuación de eso que los británicos denominaron “comunalismo”, o sea el antagonismo entre distintos grupos religiosos, en este caso hindúes y musulmanes pero también muchas veces involucrando a los sijs del Punjab. Este comunalismo, cultivado por los británicos como pieza clave de su dominio, pervive y se refuerza como consecuencia del conflicto internacional y de las cuestiones sociales irresolutas. Este último fue el caso de la conversión masiva al Islam de más de mil intocables, producida no hace mucho tiempo, y que fue un golpe muy duro, no solo para los hinduístas sino también para los nacionalistas indios. Si esos intocables optaron por el Islam y no por el budismo, como en tiempos del Dr. Ambedkar, fue porque de esa forma golpeaban en el sitio más doloroso.

Tanto en la India como en Pakistán se produjo una notoria deriva hacia la religión como centro de las propuestas políticas. Esto a pesar de que ambos fueron concebidos como estados laicos, condición que la India todavía mantiene. El caso de Pakistán es más notable, ya que hoy es un estado que se define como islámico. Sin embargo, sus creadores no intentaban que tuviera esa definición. Jinnah y los dirigentes de la Liga se dirigían a los musulmanes desde una perspectiva sociológica, y no religiosa. En ese sentido existe algún paralelismo entre éste, que ha sido caracterizado como un “sionismo musulmán” y el sionismo propiamente dicho. En ambos casos, los padres fundadores eran laicos, para nada interesados en dar una impronta religiosa a su movimiento. Esta cuestión fue explicitada públicamente por el propio Jinnah, en lo que fue su discurso fundante, ante la Asamblea Constituyente de Pakistán, el 11 de agosto de 1947:

Ustedes son libres; son libres de ir a sus templos; son libres de ir a sus mezquitas o a cualquier otro lugar de culto en este Estado de Pakistán. Ustedes pueden pertenecer a cualquier religión, casta o credo --eso no tiene nada que ver con las cuestiones del Estado. (... ..)Gracias a Dios, no hemos comenzado en esos días. Hemos comenzado en los en los días en que no hay discriminación, no hay distinción entre una comunidad y otra, no hay discriminación entre una casta o credo y otro. Hemos comenzado con este principio fundamental de que somos todos ciudadanos, ciudadanos iguales de un Estado. (Jinnah, 1989)

Estas intenciones, hicieron que el movimiento nacionalista pakistani no tuviera, en su momento, el apoyo de algunos grupos religiosos musulmanes, como la secta deobandí de la que luego surgieran los famosos *talibanes* afganos. Por el contrario, este grupo

se unió a la propuesta del Congreso en pos de una India unida. Tampoco el que luego sería el mayor ideólogo islamista pakistaní, Abul Ala Maududi, apoyó a la liga, sino que prefirió rechazarla, al igual que al Congreso, en tanto movimientos seculares. De hecho, este ideólogo no admitía un movimiento musulmán que no estuviera basado en la fe. Sin embargo, el Pakistán de hoy es un estado islámico, donde la *sharia* es aplicada desde el aparato estatal y el pecado es delito. Esta transición sólo puede entenderse en el marco del conflicto intercomunal llevado a conflicto interestatal. El irredentismo en torno a Cachemira, que últimamente ha tomado la forma ideológica de una *yihad*, fue y es un elemento considerable. El otro fue la independencia de Bangla Desh, el antiguo Pakistán Oriental, luego de una guerra en la que la nueva nación contó con el auxilio de la India. Esta región era la única de Pakistán en la que subsistía una importante minoría hindú, al independizarse dejó a Pakistán con una homogeneidad religiosa mucho mayor y con un sentimiento de fortaleza asediada que lo condujo a una radicalización del protagonismo religioso.

La India también tuvo lo suyo en este sentido. Luego de la partición quedaron allí entre 30 y 35 millones de musulmanes, que no quisieron emigrar a Pakistán. Hoy son más de cien millones, lo cual convierte a la India en el tercer país en cuanto a número de población musulmana. De forma tal que, para la India, la partición no fue una solución al comunismo. Lejos de eso, a las tensiones entre hindúes y musulmanes hay que agregar las derivadas del nacionalismo tamil, en el sur; asamés, en el noreste y, sobre todo, las pretensiones de autonomía de los sijs. Este último tema hizo crisis en la década del 80', cuando Indira Gandhi ordenó al ejército la toma violenta del Templo Dorado de Amritsar, lugar central de culto de los sijs. En ese lugar se había atrincherado la plana mayor de un grupo político-religioso independentista, que además tenía el apoyo

subterráneo de Pakistán. Los ocupantes estaban bien armados y resistieron el ataque. En el asalto subsiguiente murieron 83 soldados y 500 de los ocupantes, incluyendo a los líderes político-religiosos de la comunidad sij. En represalia, Indira Gandhi fue asesinada por dos de sus guardaespaldas de origen sij, el 31 de octubre de 1984. En los disturbios que siguieron a su muerte murieron más de 3000 sijes, hombres, mujeres y niños, solamente en Nueva Delhi.

No es de extrañar que, dentro del hinduismo, también hayan tomado fuerza los grupos político-religiosos. Estos siempre existieron, y una expresión de ellos fue el asesinato de Gandhi por Naram Godse. El motivo inmediato para el asesinato fue la huelga de hambre hasta la muerte que inició el Mahatma, el 13 de enero de 1948, con el fin de revertir la decisión del gobierno central indio de no transferir al gobierno de Pakistán los fondos que le correspondían de acuerdo al tratado de partición (550 millones de rupias). El gobierno indio había decidido no cumplir este acuerdo en represalia por la invasión de Cachemira por parte de Pakistán. Ante la medida de Gandhi, el gobierno revirtió esta decisión. Esto impulsó a Godse a asesinar a Gandhi el 30 de enero de 1948. Godse no intentó huir luego del asesinato. Fue capturado, juzgado, condenado a muerte y ejecutado el 15 de noviembre de 1949. Durante el juicio leyó una larga justificación de su acción (de 90 páginas), de la que proviene el siguiente fragmento:

Las provocaciones que se han ido acumulando durante 32 años, que culminaron en su último ayuno pro-musulmán, finalmente me llevaron a la conclusión de que la existencia de Gandhi debía concluir inmediatamente. Gandhi había actuado muy bien en Sudáfrica defendiendo los derechos y el bienestar de la comunidad india. Pero cuando retornó a la India desarrolló una mentalidad

subjetiva según la cual él solo era el juez último de lo que era correcto o incorrecto. Si el país quería su liderazgo, debía aceptar esta infalibilidad; en caso contrario, él se apartaría del Congreso y seguiría su propio camino. Frente a esta actitud no podía haber una tercera vía. El Congreso debía someterse a Gandhi -contentándose con desempeñar un papel secundario ante sus excentricidades, sus caprichos, su metafísica y su visión primitiva -o seguir adelante sin él. Solo él era el Juez de todo y todos; él era el cerebro que guiaba el movimiento de desobediencia civil; ningún otro podía conocer la técnica de ese movimiento. Él solo sabía cuando iniciarlo y cuando concluirlo. El movimiento podía triunfar o fracasar, acarrear desastres sin nombre y derrotas políticas pero no alteraban la infalibilidad del Mahatma. “Un Satyagrahi nunca puede fracasar” era su fórmula al declarar su propia infalibilidad y nadie excepto él mismo sabía qué es un Satyagrahi.

Así, el Mahatma se convirtió en el juez y jurado de su propia causa. Estas terquedades y locuras infantiles, acompañadas por una extrema austeridad, un trabajo incansable y un carácter elevado, hicieron de Gandhi una figura formidable e irresistible. Mucha gente pensaba que su política era irracional pero debían someterse a Gandhi, como él deseaba, o retirarse del Congreso. En esa posición de tan absoluta irresponsabilidad Gandhi fue culpable de errores garrafales reiterados, de fracaso tras fracaso, de desastre tras desastre.

Gandhi es considerado el Padre de la Nación. Pero si es así, faltó a su obligación paternal al actuar de manera engañosa, traidora, y permitir su partición. Sostengo firmemente que Gandhi no cumplió con su deber. Probó ser el Padre de Pakistán. Su voz interior, su poder espiritual y su doctrina de la no-violencia se

derrumbaron ante la voluntad de hierro de Jinnah y demostraron no tener poder. (Godse, 2000)

Es posible que Godse no haya sido más que el instrumento de una conspiración más amplia, que puede haber abarcado también al líder nacionalista hindú Vinayak Damodar Savarkar, pero nunca pudo comprobarse nada al respecto. También se dijo que Godse estaba ligado a la organización derechista *Rashtriya Swayamsevak Sangh* (RSS), por lo cual esta organización fue prohibida durante un año a pesar de negar repetidamente tal afiliación. Una consecuencia de la acción de Godse fue que tanto el *Hindu Mahasabha* como el RSS se vieran momentáneamente eclipsados políticamente, ya que la opinión pública los consideraba en alguna medida culpables de la muerte de Gandhi: Si no por provocarla, al menos por crear el clima político para que ocurriera. Esto continuó hasta que el fracaso político del Partido del Congreso llevó al gobierno, en 1996, al brazo político del RSS, el Partido Janata.

Así, estos grupos político-religiosos, antaño elitistas y marginales, pasaron a ocupar el centro de la escena política en la década del 90'. A ello contribuyó el eclipse sufrido por el Congreso en esa década, envuelto en escándalos de corrupción y sin un liderazgo claro. El partido Janata, que accedió al gobierno, funciona en realidad como una coalición de movimientos políticos regionales de cuño hinduista. Entre ellos sobresale el Siv Sena de Maharashtra, que controla el municipio de Bombay (hoy Mumbai), ciudad en gran crecimiento y núcleo dinámico del capitalismo indio. Estos grupos hinduistas se nutren de un mensaje notoriamente antimusulmán, y de una revalorización de elementos cultural-religiosos que hasta no hace mucho se creía que estaban en vías de superación. La apoteosis de este tipo de agitación se manifestó en 1992, cuando una multitud

enfervorizada, con la complicidad o prescindencia del gobierno e incluso del Congreso, tomó por asalto la mezquita de Ayodhya y la demolió totalmente en pocas horas. Supuestamente esa mezquita, construida en el siglo XVI, estaba ubicada sobre el emplazamiento de un templo hindú, que marcaba el sitio en que había nacido el dios Rama. En realidad, la asociación de Ayodhya con el nacimiento de Rama es algo que se produjo recién en el siglo XIX, en el marco de la “reforma chatra” de la que hablamos más arriba (Pinch, 1996). En su momento, muy pocos se molestaron en aclarar esta cuestión ante un movimiento de masas que buscaba en la religión soluciones mágicas a problemas económicos, sociales y ambientales tremendamente opresivos.

El desordenado crecimiento de algunas ciudades indias, como Bombay, en los últimos años ha tenido que ver, más que con la tradicional urbanización subsecuente al desarrollo industrial, con la fuga de grandes masas de campesinos depauperados. Y esto último está estrechamente relacionado a la intangibilidad de la gran propiedad agrícola, lo limitado de las reformas agrarias, y una tremenda crisis ambiental. El cambio climático ha impactado de lleno en la agricultura monzónica, ligada como está a la regularidad de las lluvias. El calentamiento global, con los fenómenos de inestabilidad climática que provoca, ha provocado en los últimos años la ruina irreversible de muchos campesinos. Y los proyectos de irrigación, gestionados por el gobierno federal o los gobiernos estatales, suelen dirigirse más a la especulación con tierras que al beneficio de los campesinos pobres. Tampoco suelen tener en cuenta los riesgos ambientales que provocan los grandes embalses, ni los necesarios desplazamientos de población en las zonas inundadas.

También es notorio que India alcanzó los límites de la tan mentada “Revolución Verde” de los años 50’ y 60’, ligada al empleo masivo de tecnología agrícola occidental. De hecho, el uso intensivo de fertilizantes sintéticos y pesticidas ha contribuido, en el largo plazo, a un deterioro irreversible de las tierras. Para no hablar de catástrofes como la de Bhopal, donde un escape de gas tóxico de una fábrica de pesticidas de la Union Carbide (hoy fusionada con Dow Chemical), provocó la muerte inmediata de alrededor de 10.000 personas, y secuelas terribles a un número superior a 300.000. En las investigaciones posteriores se supo que la Union Carbide había calculado los riesgos y así y todo siguió con la instalación deficiente de esa fábrica, ya que en el probable caso de accidente las indemnizaciones que habría de pagar en la India serían menos cuantiosas que las ganancias. De hecho, la empresa saldó su responsabilidad con un pago de unos 500 millones de dólares al gobierno, que éste distribuyó entre las víctimas casi veinte años después y bajo presión judicial. Haciendo el cálculo de dividir este monto por el número de víctimas puede estimarse la cotización de una vida humana en la India de hoy.

BIBLIOGRAFIA

- Ambedkar, Babasaheb (2002) *Annihilation of Caste*.
<http://www.wcar.alrc.net/mainfile2.php/Documents/76>
- Bayly, C. A.(1991) *Los orígenes del Swadeshi*. Grijalbo. México.
- Blanco, Lucien (1972) *Asia contemporánea*. Siglo XXI, México.
- Bose, Subhas Chandra (2000) *Speeches*.
<http://www.yorozubp.com/netaji/>
- Burke, Edmund (1999) *Selections from the Speeches and Writings of Edmund Burke*. Project Gutenberg.
<http://www.gutenberg.org/dirs/etext02/spweb10.txt>
- Burton, Antoinette (1998) *At the Heart of the Empire: Indians and the Colonial Encounter in Late-Victorian Britain*. University of California Press.
- Calwer, Richard (1978) *La Política Colonial y la Socialdemocracia*. En VV. AA. 'La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial'. Pasado y Presente, México.

- Coggiola, Osvaldo (2004) *India y la Revolución Mundial*.
<http://www.rebellion.org/docs/7326.pdf>
- Copland, Ian (1998) *Rajasthan 1947*. En “Past & Present”, n^o 160, Oxford University Press, Oxford.
- Chesneaux, Jean (1976) *Asia Oriental*. Labor, Barcelona.
- Churchill, Winston (2003) *The Story of the Malakand Field Force*. Project Gutenberg.
<http://www.gutenberg.org/dirs/etext05/mkdff10.txt>
- Cromer, Lord (2005) *Political and Literary Essays*. Project Gutenberg. <http://www.gutenberg.org/files/17320/17320-8.txt>
- De Bary, William T. (1958) *Sources of Indian Tradition*. Columbia University Press, New York.
- Dorronsoro, Nicolás (2002) *Cachemira: la obstinación de la identidad*. En Papeles de Cuestiones Internacionales, n^o 78.
- Dumont, Louis (1970) *Homo hierarchicus*. Aguilar, Madrid.

- Eaton, Richard M. (1996) *The Rise of the Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760*. University of California Press, Berkeley.
- Embree. A. y Wilhem, F.(1974) *India*. Siglo XXI, Madrid.
- Erikson, Erik (1973) *La verdad de Gandhi*. Sudamericana, Bs. As.
- Freitag, Sandria B., editor (1989) *Culture and Power in Banaras: Community, Performance, and Environment, 1800-1980*. University of California Press, Berkeley.
- Gandhi, Indira (1983) *Speech at the Seventh Conference of Heads of State or Government of Non-aligned Countries*.
<http://www.indianembassy.org/myweb/special/disarm/disarm1.htm>
- Gandhi, Mahatma, (1977) *Mis Experiencias con la Verdad*. Eiras, Madrid.
- Godse, Nathuram (2000) *Nathuram Godse Self Defense*.
<http://ngodse.tripod.com/defense.htm>

- Greathed, Elisa (1858) *Letters Written During the Siege of Delhi*. Longman, Brown, Green, Longmans, & Roberts, London.
- Hardiman, David (1996) *Usura, carestía y hambre en India Occidental*. Past & Present, N^o 152, Oxford.
- Haynes, Douglas E. (1999) *Rhetoric and Ritual in Colonial India*. University of California Press, Berkeley.
- Horn, D.B. and Ransome, Mary, eds. (1957) *English Historical Documents*, London, Eyre and Spottiswoode.
- Irschick, Eugene F, (1994) *Dialogue and History Constructing South India, 1795-1895*. University of California Press, Berkeley.
- Jinnah, Mohamed Alí (1989) *Quaid-i-Azam Mohammad Ali Jinnah, Speeches and Statements as Governor General of Pakistan 1947 - 48*. Government of Pakistan, Ministry of Information & Broadcasting, Directorate of Films & Publications, Islamabad
- Kahin, G. M. (1956) *The Asian-African Conference*. Cornell University Press.

- Kennedy, Dane (1996) *The Magic Mountains: Hill Stations and the British Raj*. University of California Press.
- Kipling, Rudyard (1997) *The White Mans Burden*. Modern History Sourcebook,
<http://www.fordham.edu/halsall/mod/Kipling.html>
- López Nadal, Juan (1998) *Continuidad y cambio en la política exterior de la India*. Revista CIDOB d'afers internacionals, Barcelona.
- Macaulay, Thomas Babington (1957) *Minute of 2 February 1835 on Indian Education*. "Macaulay, Prose and Poetry, selected by G. M. Young", Harvard University Press, Cambridge MA.
- Mahomet, Dean (1997) *The Travels of Dean Mahomet: An Eighteenth-Century Journey through India*. University of California Press, Berkeley.
- Marx, Carlos (1973) *El Capital*. FCE, México.
- Marx, Karl (1964) *Sobre el sistema colonial del capitalismo*. Estudio, Bs. As.

- Mayo, Katherine (2003) *Mother India*. Project Gutenberg.
<http://www.gutenberg.net.au/ebooks03/0300811h.zip>
- Meneses Aranda, Rosa (2002) *India, Pakistán y EEUU: Juego de alianzas por Cachemira*. En Papeles de Cuestiones Internacionales, n° 77.
- Naipaul, V. (1988) *India, una civilización herida*. Debate, Madrid.
- Nehru, Jawaharlal (1941) *Toward Freedom: The Autobiography of Jawaharlal Nehru*. John Day Co., New York.
- Orwell, George (1978) *The road to Wigan Pier*. Penguin, London.
- Orwell, George (2002) *Burmese Days*. Project Gutenberg,
<http://gutenberg.net.au/ebooks02/0200051.txt>
- Panikkar, K. M. (1966) *Asia y la dominación occidental*. Eudeba, Bs. As.
- Panikkar, K. M. (1963) *La sociedad india en la encrucijada*. Eudeba, Bs. As.

- Panikkar, K. M. (1965) *La India y el sentido común*. Eudeba, Bs. As.
- Parker, Geoffrey (1990) *La Revolución Militar*. Crítica, Barcelona
- Pinch, William R.(1996) *Peasants and Monks in British India*. University of California Press.
- Pouchepadass, Jacques (1976) *La India del siglo XX*. FCE, México.
- Ramaswamy, Sumathi (1997) *Passions of the Tongue: Language Devotion in Tamil India, 1891-1970*. University of California Press, Berkeley.
- Roy, Beth (1994) *Some Trouble with Cows: Making Sense of Social Conflict*. University of California Press. Berkeley
- Roy, Parama (1998) *Indian Traffic: Identities in Question in Colonial and Postcolonial India*. University of California Press, Berkeley.
- Rudner, David (1996) *Caste and Capitalism in Colonial India*. University of California Press, Berkeley.

- Said, Edward (1990) *Orientalismo*. Libertarias, Madrid.
- Shepard, Mark (1990) The Mahatma Gandhi and his myths. Annual Gandhi Lecture for the International Association of Gandhian Studies, Virginia University, Charlottesville.
- Strachey, John (1972) *El fin del imperio*. FCE, México.
- Tolstoi, León (2004) *A Letter to a Hindu. The Subjection of India – Its cause and Cure*. Project Gutenberg, <http://www.gutenberg.org/dirs/etext04/hindu10.txt>
- Thatcher, Oliver J., ed. (1907) *The Library of Original Sources*. University Research Extension Co., Milwaukee.
- Vilar, Pierre (1982) *Oro y moneda en la historia*. Ariel, Barcelona.
- Yang, Anand A, (1998) *Bazaar India*. University of California Press, Berkeley.

Materiales en Internet:

Hay una multiplicidad de recursos sobre historia de la india disponibles en la Web. Sin embargo, no son muchos los sitios en lengua castellana que ofrezcan información interesante. Entre las páginas en inglés me fueron de mucha utilidad la de la Internet History Sourcebook, editada por Paul Halsall (<http://www.fordham.edu/halsall>); también accedí a muchos libros disponibles gracias al Proyecto Gutenberg (<http://www.gutenberg.org>); y me fue indispensable la consulta a la espléndida Enciclopedia Nacional de Bangladesh (<http://banglapedia.search-bd>). Por otra parte, quien lo desee puede tener un amplio espectro de fuentes históricas indias visitando mi página: <http://ar.geocities.com/obserflictos>